La Novela Cómica

J. J. CADENAS EL CONDE DE

Fórmula sencilla y eficaz, procedimiento infalible, positivos resultados. Escribid a la Agencia Colomina, que os remitirá el secreto.

Calle de Fuencarral, 13 y 15.

MADRID

POZOS ARTESIANOS

Norias

Molinos a viento

ESCOBAR

Patente 56.049

ALBERTO ESCOBAR

Cuarte, 48, Valencia.

ORTOPEDIA PRIM. Gran casa constructora de toda clase de aparatos ortopédicos. Piernas, brazos, fajas, bragueros, etc.—Preciados, 19, Madrid.

FERROCARRILES DEL NORTE. Anunciada convocatoria para cubrir 80 plazas de empleados de oficinas. Preparación. Informes por empleados Compañía. Programa gratis. Infantas, 7, entresuelo.

HERNIADOS, usen el acreditado «Herniario Prim», por ser el que mejor contiene las hernias. Ensayos gratis.—Preciados, 19.—Madrid.

EL MEJOR SURTIDO

en camas doradas, de madera y hierro y muebles de todas clases. Para todas las fortunas, los encontrarán en los almacenes de muebles

Toledo, 62, y Santa Brígida, 1.

CORREOS

ACADEMIA SÁNCHEZ PACHECO

La más antigua y de mayores éxitos.

INTERNOS Y EXTERNOS

Arenal, 24, principales, 2.º y 3.º

FÁBRICA

de ropa blanca y camisería.

MERINO Y NAVAS

Atocha, 14, y Relatores, 2.

Equipos. Canastillas. Blusas para señora. Ultimos modelos en trajecitos para niños.

PRECIO FIJO

JOSÉ JUAN CADENAS

EL CONDE DE LUXEMBURGO

OPERATA EN TRES ACTOS, ADAPTACIÓN Y MÚSICA NUEVA DEL MAESTRO VICENTE LLEÓ

ACTO PRIMERO

Estudio de pintor en una bohuardilla del Barrio Latino. Cuadros y bocetos repartidos por las paredes; armaduras viejas, tapices rotos, etc. Gran mesa en el centro. En primer término, caballete roto con gran lienzo pintarrajeado de carboncillo. Dos puertas laterales derecha. Segundo término, gran ventana de cristales. Puerta foro derecha. Arrimado al muro, primer término izquierda, un enorme diván. Algunas sillas repartidas por la escena y dos butacas que a primera vista parecerán lujosas, pero que luego se verá que son cajones de madera recubiertos con percalina rameada. Al levantarse el telón,Armando estará sentado delante del caballete trabajando. Julieta, asomada al ventanal, ve pasar las máscaras por la calle y grita alocada, tirando y recibiendo serpentinas, paquetes de "confetti" y otros objetos de Carnaval. Armando se impacienta porque el ruido le molesta; pero Julieta se acerca a él de vez en cuando, le acaricia y le dice que no trabaje, volviendo luego a la ventana riendo y contentísima.

ESCENA PRIMERA

JULIETA y ARMANDO en escena, y CORO GENERAL dentro.

Música

CORO (*Dentro.*)
¡Carnaval! ¡Viva! ¡Viva el Carnaval!—¡Trálalálala! ¡Trálalálala!
¡El es la ilusión! ¡El es lo ideal!—¡Carnaval! ¡El nos hace enloquecer!
¡Tralalalala! ¡Tralalalála!—¡Eres el amor! ¡Eres el placer!
Alma del alma mía,—ven, que esperándote estoy ya;
ven, que en el baile hoy—vas á gozar
las dichas de París—en el Carnaval.
¡Mira!, mira qué hermosa—vas en el baile á parecer:
sin duda para ti—el premio es
que á la belleza van—á conceder.

JULIETA.—(*Recitando sobre la música, en la ventana, tirando y recibiendo serpentinas, grita.*) ¡Eh! ¡Cuidado! ¡Que me despeinan, brutos! ¡Más que brutos! ¡Ay! ¡A aquél! ¡A aquél! ¡A ver si le doy á aquél! (*Tira.*) ¡Paf! ¡En las narices!

(Esto queda encomendado a la gracia natural de la artista. Continúa la música.)

Escucha... René también está.—¡Pues eso faltaría!
Allí con todos ellos va—radiante de alegría.

CORO(*Dentro.*) Alma del alma mía.

ARMANDO.—(*Impaciente arroja al suelo los pinceles.*)
Al diablo vaya el Carnaval,—nadie me deja trabajar,
quiero este apunte concluir.
JULIETA.—(*Acercándose.*)
¡Vamos! ¡me haces reir!—No sé por qué.
JULIETA.—(*Palmoteando y saltando como una chiquilla.*)
¿Por qué? Porque hoy no se trabaja,—porque hoy es Carnaval.
ARMANDO ¡Bah, bah!
JULIETA.—(*Con coquetería.*) Yo te lo pido de rodillas.
ARMANDO.—(*Resuelto.*)
Pues bien. Hoy no trabajaré—sólo por darte ese placer.

Hablado

ARMANDO.—Eso es... No trabajaré.
JULIETA.—Así se debe hacer.
ARMANDO.—Pero así se pasan los días, las semanas y los meses...
JULIETA.—¿Es que quieres trabajar en Carnaval? ¿No te da envidia ver á esas máscaras que van á divertirse?
ARMANDO.—A mí no. ¿Y á ti?
JULIETA.—Pues á mí sí. Hijo eres muy triste. Pareces un sauce.
ARMANDO.—Tú en cambio pareces una pandereta.
JULIETA.—¡Mejor!
ARMANDO.—Además de que no veo el motivo para ponerme alegre. En primer lugar no tengo dos pesetas.
JULIETA.—Ni falta que hacen.
ARMANDO.—En segundo lugar tú me vas á consumir á disgustos.
JULIETA.—¿Yo por qué?
ARMANDO.—Vamos á ver, Julieta... Julieta mía. ¿Por qué no quieres servirme de modelo para mi Venus?
JULIETA.—Pero si ya te he dicho que estoy dispuesta, con tal de no desnudarme...
ARMANDO.—¿Lo ves? Di que no quieres. ¿Dónde has visto tú una Venus vestida de sastre?
JULIETA.—¿Vamos á cuentas?
ARMANDO.—Vamos.
JULIETA.—¿No me has dicho un millón de veces que te figuras cómo debo ser por dentro?
ARMANDO.—¿Y eso qué tiene que ver?
JULIETA.—Pues nada. Ponte á pintar... y figúratelo.
ARMANDO.—Concluirás con mi paciencia.
JULIETA.—No seas tonto, Armando. Antes de que nos casemos ¡nada! Después de casarnos, Venus y todo lo quieras.
ARMANDO.—Ya te he dicho que si me dan el premio en el Salón, me caso. ¿No ves que ahora es imposible? ¿No lo comprendes? ...No tenemos dinero.. ¿Te voy a instalar en esta bohardilla destartalada? No puede ser.
JULIETA.—Contigo soy yo capaz de vivir en el alero de un tejado.
ARMANDO.—¿De veras?
JULIETA.—Haz la prueba.
ARMANDO.—¿Pero cómo?
JULIETA.—Casándote.
ARMANDO.—Eso sería la miseria.
JULIETA.—Eso sería la felicidad.

Música

ARMANDO. Se vive en esta bohardilla—mejor que en un *chateau*,
pues no hay quien tenga las visitas—que aquí disfruto yo.

Si es alta, en cambio—no hay ascensor.
Siempre es una compensación.

JULIETA Hay que subir siete pisos—para llegar al fin,
pero una vez que los subo—¡qué bien me encuentro aquí!
Que aquí más lindo—el cielo es,
mucho más cerca—se le ve.

ARMANDO.—(*Con cómica tristeza.*)
Pero hay momentos de dolor.

JULIETA Yo no sé cuáles puedan ser...

ARMANDO Cuando á cobrar...

JULIETA Cuando á cobrar...

LOS DOS Viene el casero el mes.

ARMANDO Bohemios, amantes del arte inmortal,
vamos corriendo tras de un ideal.
La juventud nos dará valor
mientras la dicha nos da el amor.

JULIETA No hay penas ni duelos que logren rendir
á las grisetas que alegran París.
Siempre en los labios una canción.
De los bohemios el alma ellas son.

(Dan varios pasos de baile cogidos de la mano.)

Y si te premian el cuadro
después en el Salón,
al verte lleno de honores
dirás: bohemia, ¡adiós!
A tu Julieta la dejarás
y su amor pronto olvidarás.

ARMANDO Si al fin alcanzara el premio,
yo te lo juro aquí,
tendrás hasta un aeroplano,
que es ahora lo más *chic*.
Que á mi Julieta no dejaré,
y su amor nunca olvidaré.

JULIETA Eso lo dices por decir.

ARMANDO Esto lo digo de verdad.

JULIETA Me haces reir.

ARMANDO Créeme á mí.

LOS DOS ¡Qué pronto lo verás!

ARMANDO ¡Bohemios, amantes del arte inmortal,
vamos corriendo tras de un ideal.
La juventud nos dará valor
mientras la dicha nos da el amor.

JULIETA No hay penas ni duelos que logren rendir
á las grisetas que alegran París.
Siempre en los labios una canción
De los bohemios el alma ellas son.

LOS DOS Siempre en los labios una canción,
de los bohemios el alma ellas son.

(Bailan nuevamente.)

Hablado

JULIETA.—Ya lo sabes. Decídete y vamos á casarnos.

ARMANDO.—Se reirán de nosotros en el barrio.

JULIETA.—Pues entonces, hijo mío, resígnate á que te sirva de modelo vestida y con candado, como la mujer del farmacéutico.

ARMANDO.—¡Bah! Ya buscaré otra más complaciente.

JULIETA.—¿Sí? ¡Y te sacaré los ojos!

ARMANDO.—Ya será menos.

JULIETA.—Menos, ¿eh? Por más que tienes razón... No te sacaré los ojos... me iré... No te volveré á ver más... (*Lorando.*) ¡Ingrato!

ARMANDO.—(*Despreciativamente.*) Bueno.

JULIETA.—Sí... Será mejor que me vaya... Eso es... Me iré... ¿No has oído?

ARMANDO.—¿Qué?

JULIETA.—Digo que me iré.

ARMANDO.—Vete con Dios.

JULIETA.—¿No se te ocurre más que eso? ¿Y eras tú el que me iba á comprar un aeroplano? Buena tonta hubiera sido en hacerte caso.

ARMANDO.—¡Ay, qué lata!

JULIETA.—No... si no te voy á molestar más. Me voy... ¿Oyes? ...me voy... (*Alzando mucho la voz.*) Te digo que me voy... Yo que había soñado con ir al baile esta noche... Por supuesto que iré de todas maneras. ¡Ya lo creo! No me faltará con quién... ¿No me contestas nada? (*Con resolución.*) ¡Pues adiós!

ARMANDO.—(*Sin mirarla.*) Adiós.

JULIETA.—¡Adiós!...(*Se dirige tímidamente hacia la puerta, mirando á hurtadillas a Armando, mientras éste la mira también disimuladamente y reprime dos o tres movimientos para contenerla.*) Sí... sí, no creas que es broma. Me marcho de veras...

ARMANDO.—Está bien.

JULIETA.—¿No lo crees? Pues verás. (*Resueltamente abre la puerta del foro y desaparece.*)

ARMANDO.—¿Eh?... (*Sonriendo se dirige de puntillas á la puerta.*) ¡Cá! No se ha ido; estará escondida detrás de la puerta.

(Al llegar a la puerta, ésta se abre y vuelve a entrar Julieta, que le echa los brazos al cuello riendo.)

JULIETA.—¡Ah! ¿Lo ves cómo venías á buscarme?

ARMANDO.—¿Lo ves cómo no te habías marchado?

JULIETA.—Pero eres muy malo... Muy malo conmigo...

ARMANDO.—No digas eso, Julieta; si sabes que te quiero con toda mi alma.

JULIETA.—¿Sí?... Pues mira. Da gracias á que hoy tenemos invitados, que si no me iba.

ARMANDO.—¡Ah! ¿Pero tenemos invitados?

JULIETA.—He dicho á todas las amigas que antes de ir al baile que vengan á cenar aquí.

ARMANDO.—¿A cenar?... ¿Pero tú estás locas? ¿Y el dinero?

JULIETA.—No hace falta... No te apures. Será la cena de Pierrot... Cada invitado traerá su comida.

ARMANDO.—Menos mal.

JULIETA.—Vendrá también René, el Conde de Luxemburgo, el mejor amigo de los bohemios...

ARMANDO.—¡Pobre Conde de Luxemburgo! Ya se ha quedado sin una peseta.

JULIETA.—¿Y le llamas pobre? Pues se divierte poco él sin dinero...

ARMANDO.—Eso sí es verdad. Tiene sangre de bohemio. No disfruta más que cuando está sin un real...

JULIETA.—Como que el dinero no es bueno nada más que para la vejez, y entonces no sirve más que para curarse los alifafes. (*Ruido dentro. Gritos, cantos, carcajadas. Momentos después entra el Coro, compuesto de máscaras caprichosas, modelos y pintores del Barrio Latino, vistiendo trajes de pana, sombreros flexibles y grandes corbatas. Los habrá con grandes mele-*

nas y fumando pipas. Procúrese dar á este cuadro el mayor color posible. Julieta palmoteando con alegría.) ¡Aquí están! ¡Aquí están!

ARMANDO.—¿Pero quiénes?

JULIETA.—Nuestros invitados. Ya verás. Ya verás.

ARMANDO.—¡Nuestros invitados! Estás más loca que un cencerro.

ESCENA II

DICHOS, CLARITA, CHACHON, LISSETE, ADA, NINI, ANATOLIO, ENRIQUE, ROBERTO, GRISETAS, MODELOS, BOHEMIOS y CORO GENERAL.

ANATOLIO.—A tomar por asalto el taller. Compañeros, un viva á Armando Brissard.

TODOS.—¡Viva!

ARMANDO.—Muchas gracias, amigos míos; pero la verdad, no veo el motivo...

CLARITA.—¿El motivo? pues que... ¿No nos has invitado á cenar?

ARMANDO.—A cenar, ¿eh? Gracias á que no hay gato en esta casa, que si lo hubiese se habría muerto ya...

CHACHON.—¿De hambre?

ARMANDO.—¡Ca, de frío! Hace por lo menos seis meses que no se enciende lumbre en la cocina.

ANATOLIO.—¿Pero quién ha hablado aquí de cocina? Eso se queda para los millonarios.

CLARITA.—Nosotros comemos fiambres.

ARMANDO.—Así se nos hecha á perder el estómago.

JULIETA.—¡Ay, hijo, qué raro eres!

ROBERTO.—No te preocupes que hoy tenemos de todo.

ANATOLIO.—¡De todo, hombre! ¡De todo!

LISSETE.—Fíjate... fíjate... Jamón, salchichón, arenques...

ARMANDO.—Sí, los arenques que no falten. Son buenos para beber agua...

NINI.—¡Agua, agua! Tenemos Borgoña, Champagne.

CLARITA.—Es la cena de Pierrot... Cada uno compra lo que puede. ¿No es verdad, Julieta?

JULIETA.—Como que no hay nada más alegre que las cenas de Pierrot. Oid...

(Todos forman grupos, algunos sentados en los escalones del fondo y otros en el suelo; Julieta sentada en la mesa que hay a la izquierda y Armando en una banqueta á su lado.)

Música

A una cena opípara—invitó Pierrot
y con gran estrépito—nos la celebró.
Advirtió que cada cual—para de la fiesta ser
se tendría que llevar—de comer.
Cada cual llevó—lo que podía comprar.
Unos pastas y otros vinos—y otros el Champagne.
Cuando todo terminó—Colombina sin chistar
allí se presentó.
¿Traerás también tu cena?—Pierrot la preguntó
Pero ella sonriendo—le respondió que no.
y luego dijo ¡Tonto!—te traigo lo mejor:
ni vino ni manjares,—el postre traígo yo.

CORO ¿Traerás también tu cena?—Pierrot la preguntó.
Pero ella sonriendo—le respondió que no.

JULIETA Y luego dijo: ¡Tonto!—Te traigo lo mejor.

TODOS Ni vino ni manjares,—el postre traigo yo.

II

JULIETA En los días míseros—el pobre Pierrot,
casi iba implorándonos—por amor de Dios.
Lo que os voy á referir—sucedió más de una vez...
¡Colombina se quedó—sin comer!
Una noche que él—salió la cena á buscar,
no encontró más que unos huesos—y un poco de pan.
Colombina, sin chistar,—todo el día le esperó
llorando sin cesar.
Y al ir ya con la cena,—decíale Pierrot:
¡Dios mío! ¡Qué miseria—te vengo á ofrecer yo!
Pero ella dijo: ¡Tonto!—Yo tengo lo mejor...
Ni vinos ni manjares,—el postre tengo yo.
CORO Y al ir ya con la cena,—etc., etc.

(Mientras el Coro canta la mitad del refrán, Julieta mira amorosa a Armando. Este, como los niños pequeños, se pone el pañuelo al cuello como un babero y comienza a relamerse. Julieta se acerca a él y le ofrece el brazo para que se lo bese, después las mejillas, y por último, cuando acaban de cantar, se dan un beso en la boca.)

Hablado

NINI.—(*Por Armando y Julieta.*) ¡Eh! ¡Eh! ¡Basta de besuqueos!
ANATOLIO.—(*A Armando.*) Por lo visto ya os habéis unido... libremente.
ARMANDO.—(*Sorprendido.*) ¿Unirnos? ¡Ca!
ANATOLIO.—Pues y... (*Haciendo alusión á los besos que acaban de darse.*)
ARMANDO.—¡Bah! Besos y abrazos, ya sabes... no hacen señal.

(Gran estrépito dentro. Todos se precipitan a la puerta del foro para recibir al Conde de Luxemburgo, que entra vestido de frac y calzón negro, cubierto el sombrero de confetti y rodeadas al cuello unas cuantas serpentinas. Llevará a la mano un pequeño bastón de cotillón con una figura de "Locura" en el puño.)

VOCES.—¡René! ¡René!

ESCENA III

DICHOS y RENE

Música

CORO ¡Carnaval! ¡Viva! ¡Viva el Carnaval!—Trálá, lá lá, là.
Alma del alma mía—ven, que esperando estoy ya.
Tralá, la, la, la.—Eres la ilusión, eres lo ideal.
¡Viva el Conde más artista que hay en la bohemia!
¡Viva el rey de los juerguistas que á reinar vino á París!
¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!—Reinar sobre París.
RENE ¡Sois de París la nata y flor!—¡Nobles bohemios, basta ya!
Cantemos todos, que el amor—nos brinda el Carnaval.
(Le ofrecen copas de vino y beben todos.)
Una fortuna me dieron ya—que hicieron mis mayores.
Y en dos inviernos supe gastar—alegre los millones.
Soy bohemio por placer—y la riqueza sé despreciar.
Si el dinero es ya redondo—ruede, ruede sin cesar.
Mi fortuna entera disipé,—hoy no me queda más que un *luis*.
(Lo saca y lo arroja por la ventana a la calle.)
Y alegre lo echo á la calle—que el placer es gratis en París.
(Sacándose los bolsillos del pantalón y bailando.)
¡Ah!... Larí... larí... larí...—¡que viva el Carnaval!
Las grisetas nos darán su amor,—sin resistencia ni temor.

Que aquí está la alegría—y está el placer aquí.
Porque el santo reino del amor—sólo es París.
CORO ¡Ah!... Larí... larí... larí...—¡que viva el Carnaval! etc.

ESCENA IV

DICHOS, POPOFF, TREPOFF y MOLOFF. Terminada la música ábrese la puerta del foro y aparecen vestidos con negros y largos dominós y cubiertos con antifaces Popoff, Trepoff y Moloff.

Hablado

LOS TRES.—(*A René y dando tres pasos.*) ¡Conde de Luxembrugo!...
RENE.—(*Retrocediendo asustado.*) ¡Eh!...
LOS TRES.—(*Dando otros tres pasos.*) Queremos hablarle á solas...
RENE.—¿A mí? Vamos. Basta de bromitas...
LOS TRES.—¡Conde de Luxemburgo!
RENE.—¿Eh?
LOS TRES.—Es un asunto transcencentall...
RENE.—(*A todos.*) Amigos míos... Perdonadme. Voy á ver qué tienen que decirme estos buenos señores, pero bien entendido que á la hora del baile seré con vosotros.

(Bis en la orquesta para el mutis del coro, que repite algo de lo anterior.)

ESCENA V

RENE, POPOFF, TREPOFF y MOLOFF

RENE.—Ea. Ya estamos solos.
LOS TRES.—(*Con solemnidad siempre.*) ¡Conde de Luxemburgo!
RENE.—(*Retrocediendo.*) Bueno. Basta de broma, que ya va siendo pesada. Que hable uno solo, que no soy sordo...
POPOFF.—El asunto que nos trae no es una broma, sino algo muy serio.
RENE.—Pues veamos de que se trata.
POPOFF.—¡Conde de Luxemburgo!
RENE.—Otra vez...
POPOFF.—Ya está usted otra vez arruinado.
RENE.—Ya lo sé ¡Ay! Y no saben ustedes lo tranquilo que me he quedado. La verdad es que no se puede vivir con dinero. Los amigos gorrones nos asedian. Las mujeres nos quieren por lo que nos van á sacar. ¡Oh! Qué bien... ¡Qué bien se vive sin dinero!
POPOFF.—¡Conde de Luxemburgo!...
RENE.—(*Molesto.*)—Y dale...
POPOFF.—¿Quiere usted ganarse quinientos mil francos?
RENE.—(*En tono de broma.*) ¿Qué hay que hacer?
POPOFF.—¡Casarse!
RENE.—¿Casarse? digo ¿casarme?
LOS TRES.—¡Casarse!
RENE.—¡Ca... racoles... Pero eso... requiere algún tiempo.
POPOFF.— Ninguno.
RENE.—¡Eh! Hombre... tendría primero que conocer á mi futura... ver si simpatizamos... después pedir los papeles...
POPOFF.—No, señor; todos los detalles pueden quedar hoy mismo ultimados.
RENE.—¿Que hoy mismo? Pero, ¿es que corre tanta prisa?
POPOFF.—Conde de Luxemburgo, no hay que vacilar. Si quiere usted poseer esta fortuna, es preciso que dé usted su consentimiento en el acto. Diga usted que sí y el cheque es de usted.

Música

LOS TRES — El cheque traemos aquí (1).
RENE — Un cheque que traen para mí.
LOS TRES — Falta que decida usted.
RENE — Claro está que aceptaré.
LOS TRES — Este negocio es muy formal.
RENE — No he visto nunca nada igual.
Pero antes, señor, hará usted el favor
de decir con quién debo casarme yo.
Por que bien puede haber alguna razón
que me haga dudar y diga que no
LOS TRES — La novia es hermosa como un sol.
RENE — ¿Como un sol?
LOS TRES — Como un sol es hermosa.
RENE — ¿Como un sol?
LOS TRES — Como un sol es preciosa.
RENE — ¿Como un sol?
Yo no dudo ni un momento—lo que ustedes me aseguran,
y de fijo es un portento—de belleza y donosura.
Pero dama que un marido—va á buscar desconocido
hace sospechar que hay razón,—dicho sea con perdón.
¿Ha tenido algún desliz?—Debe ser lo más probable.
Busca editor responsable.—que además la haga feliz,
y así el amor salva el honor.¿No esverdad?
LOS TRES — No, señor; no, señor.
RENE — ¿Y es bonita en verdad?
LOS TRES — Como un sol, como un sol.
RENE — ¿Como un sol?
Pues si es eso que se me asegura,
y es también dechado de hermosura,
y además me trae medio millón,
me resulta la combinación.
LOS TRES — Ella es eso que se le asegura.
y también dechado de hermosura.
RENE — Y además me trae medio medillón,
pues me gusta la combinación.

(Durante el número, René pasa a la derecha.)

Hablado

POPOFF.—¿De manera que acepta usted
RENE.—¡Eh, eh! Poco á poco.
POPOFF.—Es que hay que decidirse.
RENE.—¿Pero no se puede pensar?
POPOFF.—Sí, señor; nuestras órdenes son conceder a usted diez minutos de meditación y recogimiento.
RENE.—Diez minutos... No es mucho... Bien es verdad que los que se casan no lo piensan mucho más tiempo.
POPOFF.—Diez minutos puede usted meditar á solas. Nosotros esperamos aquí.
RENE.—Sea. Me asomaré al balcón y pediré consejo á la atmósfera.
POPOFF.—No lo olvide usted. Diez minutos.
RENE.—Perfectamente. (*Mira el reloj.*) No, si me decido, no tardaré tanto.

(1) Popoff—Trepoff—Moloff—René.

POPOFF.—Aquí esperamos.
RENE.—Hasta ahora mismo. (*Mutis primera derecha.*)

ESCENA VI

DICHOS, luego BASILIO

TREPOFF.—¿Popoff?
POPOFF.—¿Trepoff?
MOLOFF.—¿Aceptará?
POPOFF.—Seguramente. Y el Príncipe Basilio quedará contento de nosotros.
MOLOFF.—El Carnaval nos ha favorecido.
TREPOFF.—Sí, porque le cogimos de orpresa.
POPOFF.—De sorpresa y sin dinero, que es una situación magnífica para aceptar lo que se presente.
BASILIO.—(*Asomándose á la puerta.*) ¿Aceptó? (*Entra.*)
POPOFF.—(*Inclinándose.*) Señor... Creemos que aceptará.

Música

BASILIO Me da rubor (1)—decir lo que me pasa,
y es que el amor—mi pecho entero abrasa.
Para estar yo—así de enamorado
darme debió—un filtro envenenado.
¡Ay, qué mujer!—¡qué garbo y qué belleza!
¡voy á perder—por ella la cabeza!
¡Mi corazón, mi corazón—se pasa el día entero
haciendo siempre así:—¡tipití... tipitón!
LOS TRES Su corazón, su corazón.
BASILIO Pitón, pitón.
LOS TRES Se pasa el día entero—haciendo siempre así.
BASILIO Tipi... ti... ti... pitón.
(Con tono y gesto ridículamente sentimental.)
Mía, quiero hacerla mía,—que ella es mi alegría,
mi vida y mi ilusión,—y quiero ante sus pies
temblando de pasión,—amante colocar mi corazón.
LOS TRES Y quiere ante sus pies...
BASILIO Y quiero ante sus pies...
LOS TRES Temblando de pasión...
BASILIO Temblando de pasión...
LOS TRES Amante colocar
TODOS mi (su) corazón.
BASILIO Cuando la ví quedé medio alelado,
mas no creí que estaba tan chiflado,
luego el rubor subió hasta mis mejillas
y es que el amor me hacía ya cosquillas.
Para estar yo así de enamorado
darme debió un filtro envenenado.
Mi corazón, mi corazón
se pasa el día entero haciendo siempre así.
Tipi... tipi...pitón.
LOS TRES Su corazón.
BASILIO Pitón.

(1) Basilio—Popoff—Trepoff—Moloff.

LOS TRES Se pasa el día entero
haciendo siempre así.
BASILIO Tipititi... pitón.

Hablado

BASILIO.—(*Tipo de viejo elegantón y ridículo.*) ¡Tres meses! ¡Tres meses que tendré que esperar todavía para ser feliz del todo y casarme con Angela¡ ¡Ay! Yo no sé si mi corzón podrá resistir tanto. (*A los otros.*) ¿Y dicen ustedes que el Conde aceptó?

POPOFF.—Casi...

BASILIO.—¿Casi?

POPOFFF.—Ha pedido quince minutos para reflexionar.

BASILIO.—Entonces no acepta.

POPOFF.—Señor...

BASILIO.—Nada, nada, esas cosas se hacen sin reflexionar. ¿Han visto ustedes á alguien que después de reflexionar se case? No todos los hombres encuentran en su camino una criatura ideal como yo.

POPOFF.—El plazo ha expirado y el Conde se acerca...

BASILIO.—¡Ah!

ESCENA VII

DICHOS y RENE.

RENE.—(*Aparte, viendo á Basilio.*) (¿Otra máscara? Esto se complica.)

BASILIO.—¿El Conde de Luxemburgo?

RENE.—Servidor...

BASILIO.—Soy el príncipe Basilio Basilowicht.

RENE.—(Parece un estornudo.) Por muchos años...

BASILIO.—¿Ha decidido usted ya acerca del matrimonio que le han propuesto en mi nombre?

RENE.—¡Ah! ¿Pero ha sido en nombre de usted?

BASILIO.—Sí, señor. En este negocio soy yo el interesado.

RENE.—Vamos, sí. Quiere usted casar á alguna hija suya...

BASILIO.—¡Caballero! Yo no tengo hijas.

RENE.—Hombre, yo no creo que sea ninguna ofensa el tener hijas.

BASILIO.—Quiero decir que yo no tengo edad para tener hijas de esa edad, ni de ninguna... Yo soy soltero.

(Pretende dar un paseíto y tropieza con Popoff que a su vez empuja a los otros dos.)

RENE.—Y entonces... ¿qué interés tiene usted en que yo me case?

BASILIO.—Primeramente, si se casa usted será con sujeción á un pliego de condiciones...

RENE.—Comprendo; como una contrata.

BASILIO.—¡Justamente!... Se le contrata á usted para que haga de marido tres meses.

RENE.—¿Tres meses?

BASILIO.—Tres meses, ni un día más.

(Los otros tres personajes se habrán colocado respetuosamente en último término.)

RENE.—Bueno; ¿y después?

BASILIO.—Pasados los tres meses se divorciará usted, recobrará su libertad y recibirá otro cheque, otros quinientos mil francos...

RENE.—(*Asombrado.*) ¿Otro cheque? Bueno. ¿Pero esto es que me quieren ustedes tomar el pelo, ó qué?

BASILIO.—Nada de eso. Esto es un asunto de gran transcendencia. Yo, señor Conde, estoy enamorado.

RENE.—Bueno, ¿y qué?

BASILIO.—Yo soy ruso, y nuestro padre el Czar (*Durante todo lo que*

sigue cada vez que se nombre Czar los tres testigos hacen inclinaciones de cabeza exageradamente.), porque el Czar es nuestro padre, me ordena que me case con una dama de mi rango, á la que yo no quiero, á la que odio...

RENE.—¡Ah! ¿Pero el Czar se mete también en estas cosas?

BASILIO.—El Czar se mete en todo. Ya he dicho á usted que el Czar es el padre de todos los rusos. Pero es el caso que yo estoy enamorado de otra mujer, sí, señor... De otra mujer que no es de mi rango, que no es aristócrata, y necesito que esta mujer posea un título para poderme unir á ella y que el matrimonio sea válido en Rusia.

RENE.—Pues sigo sin comprender...

BASILIO.—Calma, calma. Verá; usted se casa con esta mujer...

RENE.—Con la rusa...

BASILIO.—No, con la otra... Con la que yo adoro. Usted se casa con ella, la hace usted condesa tres meses; después se divorcian ustedes, ella conservará el título, naturalmente, y entonces podré yo casarme con ella á mi vez. ¿Comprende usted ahora?

RENE.—¿Y va usted á conseguir que la que va á ser su esposa pertenezca por espacio de tres meses á otro?

BASILIO.—¡Eh! Un cuerno. Para eso son las condiciones y los dos cheques.

RENE.—¡Ah!

BASILIO.—En primer lugar, el matrimonio, aunque será un matrimonio legítimo, no pasará de ser una boda de mentirijillas.

RENE.—¡Ah!

BASILIO.—La ceremonia se efectuará aquí mismo, sujetándonos á las leyes rusas.

RENE.—¿Aquí?

BASILIO.—Aquí. Estos señores son el notario, el representante del Consulado y el secretario de la Alcaldía de Moscou. (*Popoff, Moloff y Trepoff bajan al centro del escenario.*) Como usted ve, tengo tomadas todas las medidas.

RENE.—Tres meses de matrimonio... Quinientos mil francos primero... Quinientos mil francos después...

BASILIO.—Sí, señor... Dos veces quinientos mil francos, pero impongo ciertas formalidades...

RENE.—Veamos.

BASILIO.—Primero: El matrimonio se celebrará aquí en secreto.

RENE.—Perfectamente.

BASILIO.—Segundo: Mientras se verifica el acto estarán ustedes separados. Es decir, que usted no verá ni conocerá á su esposa, ni durante el matrimonio ni después... Un biombo ú otro chisme cualquiera los separará. (*Buscando con la vista.*) Bueno. Aquí no hay biombo, pero servirá este caballete para establecer la línea divisoria.

RENE.—Aceptado. Adelante.

BASILIO.—Tercero: No sabrá usted el apellido de la que va á ser su mujer, el cual se dejará en blanco en el acta para ponerlo después.

RENE.—Bien.

BASILIO.—Cuarto: Durante los tres meses que tendrá de duración el matrimonio, viajará usted por el extranjero, á fin de que ni por casualidad pueda usted un día conocer á su esposa.

RENE.—Convenido.

BASILIO.—Quinto: No usará usted su nombre ni su título y se ocultará bajo un nombre falso, sin dar á conocer á nadie su nombre ni su calidad.

RENE.—¿Cuándo debo de emprender el viaje?

BASILIO.—Una hora después de terminada la ceremonia del casamiento.

RENE.—Bueno va.

BASILIO.—Y último: La víspera del día en que cumplan los tres meses, volverá usted á París para divorciarse.

RENE.—Muy bien. Pero usted sabe que para divorciarse hace falta que exista un motivo grave.

BASILIO.—¡Un motivo grave!... ¡Pero hombre de Dios!... (*Basilio se coloca el bastón debajo del brazo izquierdo y, como lo hace rápidamente, da un golpe á Popoff en el pecho.*) Si no ha habido matrimonio, claro está que es nulo el matrimonio.

RENE.—¿Cómo, cómo?

BASILIO.—Si no se ha consumado el matrimonio, pues no existe el matrimonio. ¿Le parece á usted poco grave el motivo?

RENE.—Pero es que si no hay matrimonio de verdad, no será por mi culpa. Sobre todo si la novia es guapa.

BASILIO.—¡Eh, eh, eh! Otro cuerno. Esa es otra condición. A usted no le importa saber si es guapa o fea. Usted no la ha de ver. Conque... ¿hace?

RENE.—(*Resueltamente.*) ¡Hace!

BASILIO.—¿Palabra de honor que no faltará usted á ninguna de las condiciones?

RENE.—¡Palabra de honor!

BASILIO.—Muy bien. Ahora dispondremos aquí una pequeña escena para el acto matrimonial. (*A los tres.*) Ustedes pueden ir á buscar á la novia.

POPOFF.—¿Inmediatamente?

BASILIO.—¡Inmediatamente! (*Mutis los tres puerta foro.*) Este lienzo servirá de línea divisoria para impedir que vea usted á la novia, ni la novia á usted. (*Corre el caballete con el lienzo hasta colocarlo en primer término izquierda.*) Justamente. Aquí... la novia (*Lado izquierdo del caballete.*) y aquí el novio. (*Lado derecho del mismo.*) Esta mesita (*La coloca delante.*) para que firmen el acta los contrayentes. Ajajá, no se podrán ver más que las manos. ¿Le parece á usted que mientras la novia llega redactemos un pequeño documento?

RENE.—Estoy á la disposición de usted.

BASILIO.—Bien entendido que á mí me basta su palabra de honor.

RENE.—Con ella cuente usted.

BASILIO.—Usted no verá á la novia.

RENE.—No la veré.

BASILIO.—¿No la buscará?

RENE.—No la buscaré.

BASILIO.—¿No hará nada por descubrirla?

RENE.—¡No la descubriré!

BASILIO.—¿La respetará usted como á la mujer de su prójimo?

RENE.—Igual que á la mujer de mi prójimo.

BASILIO.—Bueno, pues vamos.

RENE.—¿Por dónde?

BASILIO.—¡Por aquí! ¡Ay, corazón, corazón! ¡Cuánto tienes que esperar todavía para ser feliz!

Mutis René y Basilio por la primera derecha.)

ESCENA VIII

ANGELA, POPOFF, MOLOFF y TREPOFF salen foro, a poco la dejan sola y hacen mutis primera derecha.

Música

¡Un estudio de pintor—tengo por altar!
Aquí á mi bien, eterno amor,—le debo de jurar.
Y aun no sé quién será—el que al fin de mi amor
va á triunfar.

¡Misterioso amante,—dime dónde estás!
¿Quién dirá
que en este instante seductor—no sé á quién voy á dar mi amor?
¡Qué gracia tiene!—¿Quién dirá
que aunque á casarme vengo ya—no sé mi esposo quién será?
¿Quién, quién mi esposo, quién será?—¿Quién, quién será mi dulce bien?
¿Quién, quién su amor me jurará?—¿Quién será?
Verdad es que no le voy á ver—y mucho menos él á mí;
pues para nuestra unión—esta es la condición.
Y habrá de ser mi esposo—amante y misterioso.
Jamás saber podré—cómo fué ni quién fué.
¿Quién dirá—que en este instante seductor
no sé á quién voy á dar mi amor?—¡Qué gracia tiene!
¿Quién dirá, etc., etc.—¿Quién, quién, quién... etc., etc.

ESCENA IX

DICHA, POPOFF, TREPOFF y MOLOFF. En seguida BASILIO y RENE por primera derecha. ANGELA se ha colocado a la izquierda del lienzo, él a la derecha, sin poderse ver. Basilio va de un lado a otro vigilando para que no se puedan ver. Los otros tres colócanse al fondo.

Hablado

ANGELA.—Llegar á ser princesa rusa, bien merece que se tome una alguna ligera molestia.

BASILIO.—(*A René y colocándole al lado derecho del caballete.*) Usted se queda á este lado. Y ya sabe que me ha dado su palabra de honor.

RENE.—Descuide usted, no lo olvido.

BASILIO.—(*Pasando al lado donde está Angela.*) ¡Oh... amor mío!... ¡Perdón!... ¡Perdón si la he hecho esperar! ¡Qué feliz soy!

ANGELA.—Príncipe, por Dios.

BASILIO.—Es el amor... El amor, Angela mía, que no puede estar oculto.

RENE.—(Angela... ¡Bonito nombre!) (*Busca algún agujero en el lienzo.*)

BASILIO.—Por fin voy á ver realizado mi sueño.

ANGELA.—(*Bromeando.*) Nuestro sueño, querrá usted decir

BASILIO.—Sí, eso eso es. Nuestro sueño. ¡Oh! yo ya sé que está usted enamorada de mí.

RENE.—(*Riendo.*) (¡Gusto se necesita!)

BASILIO.—(*Que ha oído algo.*) ¿Eh?...

RENE.—No. Nada. Yo no digo nada. Espero.

BASILIO.—Comprenderá usted que son las expansiones naturales...

RENE.—Sí, sí. Propias de la edad.

BASILIO.—Sí, propias... éste me está tomando el... (*A Angela.*) ¿No retrocederá ante ningún sacrificio hasta ver realizada nuestra unión?

ANGELA.—(*Riendo.*) Sí, pero si el Czar se entera...

BASILIO.—No me hable usted del Czar. ¡Mire que querer que me case con esa estantigua de Marquesa Natadia!...

ANGELA.—Puede que le hiciera á usted feliz.

BASILIO.—Pero si es un loro. Nunca, nunca. Antes la muerte. Además yo tengo mi plan bien combinado.

RENE.—¡Ejem! ¡Ejem!

ANGELA.—(*A Basilio.*) Se impacienta el novio.

BASILIO.—Perdón, señor Conde. Perdón. Es un momento.

RENE.—No. No, si yo no tengo prisa; puede usted continuar.

BASILIO.—(*A los tres.*) Ahora procedamos á la ceremonia.

POPOFF.—Cuando su excelencia ordene...

BASILIO.—Pues vamos. ¿Está usted dispuesto, señor Conde?...

RENE.—Ya lo ve usted.

(Angela y René de pie. Popoff delante de ellos y de espaldas al público da lectura al acta de matrimonio. Basilio en tanto paséase vigilando para que los novios no se vean.)

POPOFF.—(*Leyendo.*) "Ante mí... etc., etc. Comparecen de una parte el Conde de Luxemburgo, de treinta y cuatro años, soltero, y de la otra la señorita Angela... (El apellido será inscrito después), de veintidós años, soltera... Ambos contraen matrimonio civil en este acto, sujetándose en todo y por todo á los ritos rusos y dando cumplimiento á todas las formalidades que prescriben las leyes fundamentales del Imperio. Los contrayentes, Conde de Luxemburgo y señorita Angela... prestan su conformidad al pliego de condiciones que se acompaña, estipulando la absoluta separación de bienes. Y para que así conste en los registros de la Embajada y Consulado, firmamos los contrayentes en unión del Secretario del Consulado, del Representante del Alcalde de Moscou y de mí el Notario en París, hoy día de la fecha."

BASILIO.—¿Conforme?

RENE.—¡Conforme!

ANGELA.—¡Conforme!

POPOFF.—(*A René.*) ¿Acepta usted por esposa á la señorita Angela?

RENE.—Sí.

POPOFF.—Firme usted.

RENE.—¿Dónde?

POPOFF.—Aquí.

(Al inclinarse para firmar René trata de ver con disimulo a Angela, pero Basilio cómicamente tira de él para atrás a fin de que no sobresalga la cabeza ni una línea fuera del lienzo. René firma con dificultad estirando el brazo y estirando el cuerpo, mientras Basilio saca un gran pañuelo para ponerlo a modo de telón.)

RENE.—(*Soltando la pluma.*) Ya está.

POPOFF.—(*A Angela.*) Ahora usted, señora.

ANGELA.—¿Dónde debo firmar?

POPOFF.—En este hueco.

RENE.—(*Se levanta sobre la punta de los pies.*) ¡Oh, qué linda mano!

POPOFF.—Pueden ustedes cambiarse los anillos (1).

ANGELA.—(*A través del lienzo.*) Conde...

RENE.—Condesa...

ANGELA.—Yo quisiera colocar el anillo matrimonial, pero me parece que va á ser imposible, dada nuestra situación.

RENE.—¿Imposible? No. Hay un medio. Verá usted. (*Da un puñetazo en el lienzo y abre un agujero por donde puede pasar la mano. Basilio se sobresalta, pero comprende que por el hueco no pueden verse y continúa vigilando.*) *¡Voilá!*

POPOFF.—¡La metió!

ANGELA.—(*Cogiéndole la mano.*) ¡Ja, ja, ja! Veo que es usted hombre de recursos.

RENE.—No, Condesa, de muy pocos recursos.

ANGELA.—(*Aparte y poniéndole la sortija.*) Su mano es fina y aristocrática. (*Alto.*) Ea, ya está usted casado.

RENE.—(*Retirando la mano.*) Ahora seré yo el que coloque el anillo en la mano de mi esposa.

ANGELA.—Claro está.

BASILIO.—(*Dirigiéndose á Moloff.*) Esto es natural.

(Angela introduce a su vez la mano por el hueco. René se apodera de ella. La acaricia. La contempla y lentamente le pone el anillo.)

RENE.—¡Oh! ¡Mano deliciosa, mano divina! (*Alto.*) ¿Permite usted, señora, que respetuosamente ponga en ella un beso?

---

(1) Trepoff—Moloff—Basilio—Conde—Angela—Popoff.

BASILIO.—Esto también es natural.

ANGELA.—(*Siempre en broma.*) ¿Por qué no si es usted mi marido? (*René besa ávidamente la mano hasta que Basilio interviene.*)

BASILIO.—¡Eh! ¡Eh! ¡Basta ya! Que no parece sino que se la va usted á comer.

(Angela ríe. René tuerce el gesto. Basilio aparta a René a su derecha y coge la mano de Popoff que estará arreglando el agujero. La besa y al darse cuenta le da un golpe y escupe.)

RENE.—He pedido permiso.

BASILIO.—Para darla un beso, pero no para devorarla. (*Pasa al lado de Popoff.*)

ANGELA.—(*Aparte.*) (Qué bien besa!)

BASILIO.—(*Que ha estado hablando con Popoff.*) Perdón. Un instante, Angela. Tengo que llenar una pequeña formalidad del acta en el Consulado. Permanezcan así hasta que yo vuelva. Luego nos iremos solitos los dos á celebrar la fecha de este glorioso día. (*A René.*) Perdone usted, señor Conde, que no le invite, pero...

RENE.—Nada. Nada. Con confianza... Después de todo yo no soy más que el marido.

BASILIO.—Hasta ahora mismo. Adiós, amor mío. (*A René.*) No olvide usted que ha dado su palabra de honor.

RENE.—(¡Ay, qué tío!) Palabra de honor, hombre, palabra de honor.

BASILIO.—Adiós. (*A Trepoff.*) ¡Ojo!... (*A Moloff.*) ¡Ojo!... (*Mutis foro.*)

ESCENA X

DICHOS menos BASILIO. Después y según se vaya marcando "este", JULIETA, ARMANDO y CORO GENERAL. Breve pausa.

RENE.—¿Condesa?
ANGELA.—¿Conde?
RENE.—Había olvidado felicitar á usted. Que sea enhorabuena.
ANGELA.—Mil gracias. Lo mismo digo.
RENE ¡Yo estoy creyendo que es usted—la mujer que he soñado!
ANGELA Gracias. De seguro—está usted equivocado.
RENE Yo quiero ver ahora en usted—la esposa que soñé.
ANGELA ¿Y cómo es esa belleza—si se puede saber?
RENE Es alta, rubia y muy gentil.
ANGELA No hay duda, se engañó.
RENE Sus manos son como el marfil.
ANGELA ¡Pues esa no soy yo!
RENE Su boca es la de usted—y muy chiquito el pie...
¡Así es! Así es la mujer que soñé.
Por su amor, sin vacilar,—daré mil vidas que tuviera.
ANGELA ¡Sueño es! Sueño es, que jamás realizará.
LOS DOS Porque sólo un sueño es—la felicidad.
ANGELA Yo quiero figurarme á usted—como el hombre soñado.
RENE Gracias: mas no creo—ser yo ese afortunado.
ANGELA El hombre que me gusta á mí,—no es fácil conseguir.
RENE Si no es usted exigente—tal vez puede que sí.
ANGELA Un guapo mozo habrá de ser.
RENE (*Mirándose.*)
¿Buen mozo? Regular.
ANGELA Y labia y garbo ha de tener.
RENE No puedo contestar.
ANGELA De aspecto seductor—y moreno de color.
¡Así es! Así es—el amor que soñé.
Y por él, sin vacilar,—daré mil vidas que tuviera.

RENE Sueño es, sueño es—que jamás realizará.
LOS DOS Porque sólo sueño es—la felicidad.
(Los otros tres avanzan para impedir que hablen.)
LOS TRES ¡Basta por Dios de conversar!
ANGELA } Se me olvidaba. Es verdad.
RENE } ¡Del sueño despertamos—al fin en la realidad.
(En este momento Angela pone la mano en el borde del lienzo y René la suya encima acariciándola.)
POPOFF }
TREPOFF } Nuestro deber es impedir...
MOLOFF }
RENE (¡Linda mano discreta!)

ANGELA (¡Qué pillo, cómo aprieta!)
POPOFF }
MOLOFF } Que puedan contemplarse...
TREPOFF }
RENE (¡Oh, amor!)
ANGELA (¡Qué bien!)
RENE (¡Oh, qué delicia!)
ANGELA (¡Cómo acaricia!)
POPOFF }
MOLOFF } Y ni un momento hablarse.
TREPOFF } ¡Nada tienen que decir!

ANGELA (¡Qué bien se está así!)
RENE (¡No sé qué pasó por mí!)

A dúo

¿Es la felicidad la que me llama aquí?
¿Es que el amor que en vano busqué—tan cerca está de mí?
¿Es la felicidad que hoy podré—alcanzar sólo con la mano á ella extender
y la dejo marchar—y nunca más volver?
(Retiran las manos y quédanse breves momentos como soñando. Sale Basilio.)

BASILIO Todo ha quedado concluído
y aquí está el cheque,—señor Conde, prometido.
RENE (*Aparte y con repugnancia.*)
(No sé por qué aceptarle,—rabia me da.)
(A Angela.)
Condesa por tres meses ya—va usted á ser dichosa,
y en tanto sea usted mi esposa—no me debe de olvidar.
ANGELA Lo mismo debo á usted decir yo,—y solamente pido
que mientras dure nuestra unión—sea usted un buen marido.

(Basilio da el brazo a Angela para marcharse. Popoff, Trepoff y Moloff corren el caballete con el lienzo haciéndole girar a fin de que cubra a René por completo y no pueda ver éste a Angela.)

BASILIO, POPOFF, TREPOFF, MOLOFF
Así es, así es.
La mujer que soñé (soñó).
Por su amor sin vacilar
daré (dará) mil vidas que tuviera.
¡Atención! ¡Atención!—que al salir hay que evitar
que se puedan conocer—por casualidad.

(Salen todos de escena mientras René queda un momento arrimado contra la pared entre el muro y el caballete. Pausa. René sale al centro de la escena y dice: Recitado.)

RENE.—Nadie... Bueno... ¿Y estoy casado? Casado. ¿Con quién? (*Transición.*) Sólo recuerdo haberla visto una mano... Mano que me va á perseguir en sueños toda la vida... ¡Angela!...
(Canta con las manos unidas y perdida la mirada.)

¡El sueño espléndido—fué como un éxtasis,
rápido, rápido,—desvaneciéndose
como un relámpago!
¡Es la dicha, que sólo llega una vez!—¡Una vez!

(Queda ensimismado como si estuviera contemplando una visión, y ni oye ni entiende los gritos del Coro, que al verle queda asombrado, así como también Armando y Julieta.)

CORO Carnaval, ¡viva, viva el Carnaval!—¡Tralalalalà! ¡Tralalàlàla!
Alma del alma mía,—ven que esperándote estoy ya.
ARMANDO.—(*A René que no se mueve y finge no oirle.*)
¡René! ¡René! ¡chiflado está
¡Chiflado está!
ARMANDO ¡Pero responde por piedad
RENE.—(*Pasándose la mano por los ojos, y como despertando, dices Hablado.*)
¡Un cheque de medio millón!—¡Otra vez un fortunón!
CORO Pero, ¿cómo llegó á él—tan de repente tal fortunón?
RENE Porque me acabo de casar.
JULIETA, ARMANDO ¿Con quién
CORO ¿Con quién?
RENE No lo sé.
ARMANDO ¡Cómo!

RENE ¡Perdón, perdón!
¡Me exigen discrección!—¿Con quién? ¿Con quién?
(Otra vez pensativo y con aire melancólico.)
¡Yo mismo no lo sé!—¡yo mismo nunca lo sabré!
¿Fué la felicidad que pasó junto á mí?
¿Es que el amor que en vano busqué—tuve tan cerca aquí?
¿Fué la felicidad y el placer—que alcanzar pude con la mano sólo extender
y la dejo marchar—y nunca más volver?

(Breve pausa y en seguida un cambio brusco. Pide de beber. Coge una botella de Champagne y trata de recobrar su alegría.)

Venga *champán,* que quiero—hoy derrochar dinero.
Un fortunón me dieron ya—que hicieron mis mayores,
y en dos inviernos supe gastar—alegres los millones.
Soy bohemio por placer—y la riqueza sé despreciar;
si el dinero es ya redondo,—ruede, ruede sin cesar.
Mi fortuna entera disipé—y hoy viene otra fortuna a mí.
Alegre quiero gastarla,—que el placer es gratis en París.

(Salta con la botella en la mano encima de la mesa. De todos lados le echan serpentinas, que se cruzan en el aire, hasta el final del acto. Todos bailan.)

TODOS ¡Ah!... Larí... larí... larí...—¡Que viva el Carnaval!
RENE Las grisetas nos darán su amor—sin resistencia ni temor.
TODOS Que aquí está la alegría—y está el placer aquí.
Porque el santo reino del amor—¡sólo es París!
Larí... larí... larí...—¡Que viva el Carnaval!
Larí, larí, larí, larí...—Las grisetas nos darán
su amor sin temor.—Tralalalá... lalá.

(René, subido en la mesa, baila y brinda mientras el Coro sigue arrojándole serpentinas. Animación, alegría, gran visualidad.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín de invierno en el hotel de Angela. Escalera practicable al foro con corredor también practicable al final. En el rellano fuentecilla y estatua rodeada de plantas y flores. A la derecha mesita y sillón, en la mesa un timbre. Los muebles, blancos. Celébrase fiesta por haber cantado Angela en la Opera su función de despedida. Las damas visten de blanco; los Invitados, de frac. Al levantarse el telón los Invitados reciben en dos filas a Angela, que aparece en lo alto de la escalinata cubierta de una salida de teatro y cargada de flores. Poco a poco desciende las escaleras saludando a un lado y otro.

ESCENA PRIMERA

ANGELA, AMELIA, AURELIA, INVITADOS y CORO GENERAL. Al final un CRIADO

Música

CORO Bravo, bravo, ya está aquí.—Bravo por nuestra diva.
Hay que inclinarse siempre así,—ante la estrella de París.
Bravo, bravo, ya está aquí;—bravo por nuestra diva;
así, así, así, así,—se inclina ante su *sport* París.

ANGELA Con tan espléndida galantería—de gozo llenan el alma mía;
más no se debe exagerar.

CORO Lo digo porque es verdad.

ANGELA Mil gracias, pues; mil gracias, pues,
y os juro que este día yo jamás—olvidar podré.

(Angela avanza hasta la batería, mientras el Coro formando grupos animados que hablan aparte sin poner atención en lo que ella canta.)

ANGELA Cuando le ví me ipresionó no sé por qué.
Nunca le hablé y a todas horas pienso en él.
No sé quién será.
A este hombre hasta anoche nunca ví;
pero mi corazón, con vértigo singular,
como nunca palpitó;
no sé quién será, pero no pienso más que en él;
impaciente le espero ya no se por qué.

CORO Después de escuchar—esta ovación,
que es la final,—la final...

ANGELA ¡Ah...—Impaciente le espero ya,—no sé si vendrá.

CORO La diva se va.

ANGELA No sé si vendrá.

CORO La diva se va.—¡Ah!... ¡Ah!...

(Al terminar de cantar, los Invitados la rodean. Angela estrecha las manos de los que la felicitan.)

Hablado

AURELIA.—¿Pero es cierto que te retiras del teatro?

ANGELA.—Sí... Decididamente.

UNO.—Pero, por Dios, ¿nos deja usted?

ANGELA.—Nada, nada amigo mío. Mi resolución es irrevocable. Hoy he cantado en público por última vez.

TODOS.—¿Es posible?

AMELIA.—(*Aparte a un Invitado.*) ¿Sabe usted lo que a mí me parece?

INVITADO.—(Usted dirá.)

AMELIA.—(Que Angela se nos casa.)

INVITADO.—(¿Pero usted cree?...)

AMELIA.—(¿A qué, si no, abandonar el teatro? ¡Vaya una idea!)

(Los Invitados vuelven a distraerse y Angela se sienta en la silla al lado de la mesita, meditando preocupada.)

ANGELA.—(*Aparte.*) No. No puedo olvidarle... Su tarjeta dice: *El Barón de Remart,* Parece extranjero... Ocupaba la platea junto al escenario. y no recuerdo haberle visto jamás hasta esta noche. Le he invitado a venir a está fiesta y estoy nerviosa, intranquila... ¿Vendrá? ¡No sé por qué me intriga tanto este hombre!

CRIADO.—(*Anunciando.*) Su alteza el Príncipe Basilio.

ESCENA II

DICHOS y BASILIO.

Basilio, por el foro, de gran uniforme de palaciego ruso, entra en escena buscando a Angela y haciendo grandes demostraciones de entusiasmo.

BASILIO.—¡Colosal!... ¡Maravilloso!... ¡Deshilarante!... ¡Desopilante!... ¡Despampanante!

ANGELA.—(*Riendo.*) ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a usted?

BASILIO.—Epatante, amor mío; esta noche ha estado usted sencillamente *piramidón...* digo, piramidal. Cualquiera diría que como era la última vez, quiso usted cantar como nunca

ANGELA.—Vamos, vamos, que ya será algo menos.

BASILIO.—¿Menos? ¡Vamos! Era el canto del cisne. ¿No dicen que los cisnes cantan cuando van a morir?

ANGELA.—¡Qué atrocidad! Príncipe, yo creo que no estoy todavía en ese trance.

BASILIO.—Sí, sí, usted se moría esta noche para el arte. Era la última vez que se presentaba usted en escena. Por eso ha cantado usted... ¡Cómo ha cantado usted!... Lo dicho, ¡como un cisne!

ANGELA.—Mire usted, Príncipe, que los cisnes cantan muy mal.

BASILIO.—Perdone usted... yo no he oído cantar nunca a ninguno. ¡Y qué ovación! ¡Qué entusiasmo en el público!...

(Los Invitados han ido alejándose poco a poco, saliendo de la escena en distintas direcciones, pero siempre por la izquierda, que es donde figura estar el salón de baile. En este momento quedan solos Angela y Basilio.)

ANGELA.—¿Vamos a dar una vuelta?

BASILIO.—(*Rendido.*) ¡Una vuelta, una vuelta! Si estoy como una devanadera desde hace tres meses. ¡Oh! pero afortunadamente... (*Poniéndose muy enamorado y tierno.*) Ya se acerca el momento, porque no lo habrá usted olvidado, ¿eh?

ANGELA.—(*Distraída.*) ¿Qué?

BASILIO.—Que mañana se cumplen los tres meses de su casamiento con el Conde de Luxemburgo.

ANGELA.—Hombre, naturalmente. Pues ¿por qué me he despedido hoy del arte? Para divorciarme mañana y...

BASILIO.—Y casarse conmigo. ¡Oh, Angela, cómo se la conoce a usted que está enamorada de mí!

ANGELA.—¿Sí? ¿Se me conoce? Pues mire usted, yo creí que no.

BASILIO.—¡Oh, sí, sí! Mañana se divorciará usted del Conde y la semana que viene...

ANGELA.—La semana que viene seré Princesa...

BASILIO.—Y al ver que me caso con una excondesa, el Czar no podrá decir nada. ¡Ay, Angela, si usted supiera la prisa que me corre casarme!...

ANGELA.—Paciencia. Hay que tener paciencia.

BASILIO.—No, si ya la tengo. Pero es que la maldita marquesa Natadia... lá marquesa... ya sabe usted...

ANGELA.—Sí, ya lo sé. ¿Pero por qué le dió usted palabra de casamiento?

BASILIO.—Porque el hombre es un animalucho que se deja engañar siempre. Ya ve usted... la inexperiencia... los pocos años... Y hoy precisamente me ha escrito la marquesa amenazándome con emprender una campaña terrorista contra mí.

ANGELA.—¡Qué fiera!

BASILIO.—No, y la conozco. Es muy capaz de presentarse en París, con una maleta llena de bombas de dinamita.

ANGELA.—Pues es un encanto de señora.

BASILIO.—Por eso me corre prisa casarme, porque cuando sepa que estoy casado y que nada puede conseguir de mí, se desengañará y me dejará en paz.

ANGELA.—Pues ya lo sabe usted. Yo estoy a su disposición; cuando todo lo tenga usted dispuesto nos casaremos. ¿Vamos a dar una vuelta?

BASILIO.—(*Ofreciéndola el brazo.*) ¡Gracias, Angela, gracias! Estoy como un colegial esperando que llegue el momento feliz. Cada minuto, cada segundo... me parece una eternidad.

ANGELA.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! (*Vanse primera izquierda.*)

ESCENA III

RENE, ARMANDO y un CRIADO. René y Armando aparecen en lo alto de la escalinata precedidos por un Criado de librea, al que entregan sus tarjetas.

CRIADO.—(*Anunciando.*) ¡El señor Armando Brissard!... ¡El señor Barón de Reinart...

(Retírase. Armando saluda con mucha cortesía al Criado. Este y René, vestidos de frac, avanzan al primer término. Armando asombrado mira a todas partes.)

RENE.—Por fin la voy a hablar.

ARMANDO.—¡Pero chico, qué barbaridad! ¡Qué impresión te ha hecho esta mujer!

RENE.—No te lo puedo explicar, pero... ya ves... Es la primera vez que la veo, y sin embargo, al contemplarla esta noche en la escena de la ópera, me parecio que la conocía y su hermosura me maravilló.

ARMANDO.—¡Ya... ya le noté!...

RENE.—¿Pero dónde diablos he visto yo a esta mujer?

ARMANDO.—Pues a ella tampoco le pareciste costal de paja.

RENE.—Tú crees...

ARMANDO.—Pero hombre de Dios, si no te quitó ojo en toda la noche.

RENE.—¡La Didier!... ¡La Didier!... ¡No!... Decididamente, yo no conozco a esta mujer y la veo hoy por vez primera. ¡Pero es extraño!

ARMANDO.—¡Amigo mío! ¡Y qué casa tiene!

RENE.—(*Se sienta indiferente.*) Sí... sí... no esta mal. (1)

ARMANDO.—Cuidado que tienes suerte. Casi siempre son ricas. Yo en cambio he tenido que romper hace dos meses con mi pobre Julieta, porque no reuníamos nunca los veinte francos que se necesitan para el matrimonio... Julieta... ¿Qué será de ella? Es una criatura que sueña con el casorio.

RENE.—¡Bah! No te preocupes... el mejor día te la encuentras en automóvil.

ARMANDO.—No, Julieta no es de esas. ¡Oh! Lo que es como se enamorase de mí una de esas mujeres millonarias... Te aseguro que yo no me andaba con pequeñeces. Lo primero que haría era venirme á vivir á su casa.

RENE.—¿Pero tú crees que esa mujer será una de esas?

ARMANDO.—Una de esas que se enamoran de los hombres y les compran ropa y los tienen a boca que quieres. ¡Desde luego! No te quepa duda.

RENE.—No, no te creo. Esta mujer es una artista.

---

(1) René—Armando.

ARMANDO.—Toma. ¿Y qué crees? ¿Que las otras no son también artistas?
RENE.— No, no, de ninguna manera; no lo puedo creer.

ESCENA IV

DICHOS y JULIETA. Julieta los ve y avanza hacia ellos. Saluda a René y finge no conocer a Armando (2)

JULIETA.—¡Toma, pues si es René!
RENE.—(*Volviéndose.*) ¡Eh!...
ARMANDO.—(*Corre á ella, pero Julieta le mira como si no le conociera.*) ¡Julieta! ¡Julieta, tú aquí!
RENE.—¿Cómo? Julieta.
JULIETA.—¿Le extraña á usted verme? (*Dirigiéndose siempre á René.*) Soy la dama de compañía de la Didier, la célebre artista.
RENE.—¡Ah!...
JULIETA.—(*Con intención.*) Sí... me cansé de rodar por los estudios de los bohemios del Barrio Latino... (*Con desprecio.*) Están reñidos con los peluqueros y con el jabón. (*Armando, rabioso, trata de llamar la atención de Julieta, pero ésta finge no verlo.*)
RENE.—(*Por Armando.*) ¿Pero no se acuerda usted de este señor?
JULIETA.—¿Este señor?... ¡Ah! No le había visto. Pero sí... me parece que sí le conozco. Aguarde usted que haga memoria.
ARMANDO.—(*Furioso.*) ¡Pero Julieta!...
JULIETA.—(*Como recordando.*) Sí... eso es... me parece que es el señor Brissard. ¿No es verdad? Un pintor... sí... sí... Ahora me acuerdo. El pintor Armando Brissard. (¡Anda, rabia!)
ARMANDO.—(*Indignado.*) Pero habrase visto...
JULIETA.—(*Sin hacerle caso habla con René.*) ¿Y usted es amigo de la señorita Didier?
RENE.—No, hoy la he visto por vez primera en la Opera. La visitamos en su cuarto y nos invitó á venir á esta fiesta.
JULIETA.—¡Oh, es muy simpática y muy buena!
RENE.—¿Sí... verdad que sí? (*A Armando.*) ¿Lo oyes? Si ya te lo decía yo...
JULIETA.—Es encantadora, créalo usted. (*A Armando.*) Sí, señor... señor... ¡Ay! ya se me ha olvidado el nombre de este caballero. (Chúpate esa.)
ARMANDO.—Pero, ¿qué te parece? Si está como para atarla.
JULIETA.—¡Oh, qué memoria! Ba, ba, ba, ba... Bo, bo, bo, bo... Bri... Sí, ya me acuerdo, Brissard, justamente. El señor Brissard.
ARMANDO.—(*Pellizcándola.*) ¡Perra!
JULIETA.—(*Gritando.*) ¡Ay! ¡Bruto! ¡Animal! ¡Bestia! Te reconozco. Sigues lo mismo.
ARMANDO.—(*Frotándose las manos.*) ¿No decías que no te acordabas?
JULIETA.—¿Qué, has encontrado ya tu modelo de la Venus?
ARMANDO.—Te estoy esperando todavía.
JULIETA.—Pues para rato tienes...
ARMANDO.—Pero, ¡Julieta, Julieta!...
JULIETA.—Sí... mucho Julieta, y luego... Patatas y arenques todos los días.
ARMANDO.—Anda, y que no falten.
JULIETA.—¡Puf! Con la sed que dan...
ARMANDO.—Ya ves, en cambio ahora soy casi rico.
JULIETA.—¿De veras? ¿Y te casarás ahora conmigo?
ARMANDO.—Pero si no me conocías hace un momento.
JULIETA.—¡Tonto! Que no te conocía. Era para hacerte rabiar.
RENE.—Bueno, no os vayais á poner tiernos aquí.

(2) René—Julieta—Armando.

ARMANDO.—Oye, oye. Tú lo quieres todo para ti.
JULIETA.—(*A Armando.*) Dime, ¿te acordabas mucho de mí?
ARMANDO.—A todas horas.
JULIETA.—Embustero.
RENE.—No, dijo la verdad. Todavía no hace un momento me hablaba de usted.
JULIETA.—¿De veras? ¿Y dices que allá arriba hay arenques? ¡Tengo unas ganas de comer arenques!...
ARMANDO.—Te tira la bohemia.
JULIETA.—Mira, aquí se está muy bien, se come igual que en una fonda. ¡Pero si vieras cuánto me aburro!...
ARMANDO.—Dime, ¿esta señora Didier, no necesitará que la pinten algo?
JULIETA.—No, se pinta ella sola.
ARMANDO.—Porque al entrar, he visto allí en el vestíbulo una galería de retratos.
JULIETA.—Son los de su familia.
ARMANDO.—Hay un Cardenal.
JULIETA.—Su abuelo.
ARMANDO.—Y un General.
JULIETA.—Su padre.
ARMANDO.—Y tres señoras gordas.
JULIETA.—Sus tías.
ARMANDO.—Pues son muy feas; no debía exhibirlas.
JULIETA.—¿Por qué no? Son personas de su familia. En todas las familias tiene que haber alguna tía.
ARMANDO.—Tú debías recomendarme.
JULIETA.—Ya veremos.
RENE.—(*Que ha estado siempre mirando por las laterales sin atender al diálogo.*) ¡Ah! Por fin.
ARMANDO.—¿Qué pasa?
RENE.—¡Ella! ¡Aquí viene ella!
JULIETA.—¿Sí? Pues me escapo. Ven conmigo, te enseñaré la casa.
ARMANDO.—¿Hay bodega? Enséñame la bodega.
RENE.—Sí... Andad. Dejadme solo con ella...
ARMANDO.—Pues adiós, chico, y buena suerte.
JULIETA.—Adiós... Anda... por aquí.
(Julieta y Armando hacen mutis por la segunda izquierda.)

ESCENA V

ANGELA y RENE.

Música.

(René al encuentro de Angela, que sale por el foro, la ayuda a bajar la escalinata y la besa la mano respetuosamente.)

ANGELA Usted en mi fiesta. Cuánto honor.—Señor barón, mil gracias.
RENE El tiempo que aún en verla tardaría—un siglo se me hacía.
Nadie dijera
que hoy por vez primera—en París la veo á usted.
Amor inmenso—supo en mí encender,
no sé si el fuego dominar podré.
ANGELA.—(*Cariñosa.*)
¡Por piedad!—No diga usted esas cosas.
¡No por Dios!—No me hable usted de amores.
Esas son—las frases cariñosas
que me dicen siempre—mis adoradores.
No, no, no,—de amores no me fío,
del amor ha tiempo que me río.—Sea usted un buen amigo mío.
¡Ah! Tengamos amistad, no amor.

RENE — No, su amor yo quiero.
No. Por él me muero,—la amo como nunca amé.
Escuche yo un instante—sólo una frase amante
y el hombre más dichoso seré.

ANGELA ¡Por piedad!—No diga usted esas cosas.

RENE Son verdad,—no son vulgares flores.

ANGELA Esas son las frases caprichosas.

A dúo

Que me (la) dicen siempre
mis (sus) adoradores.
¡No! ¡No! ¡No! De amores no me fío
del amor { ha tiempo que me río / así también me río
sea usted { un buen amigo mío / el único amor mío
¡Ah! mejor { es amistad que amor / que la amistad es el amor.

(Oyese en este momento la orquesta dentro que ejecuta un vals. Angela pretende desviar la atención de René. Una advertencia: los actores, para cantar los dúos, cantarán como si hablaran y como harían las personas si fuese costumbre hablar con música. Angela paseará por la escena, sentándose o levantándose de la butaca cuando la acomode. René, naturalmente, se mostrará enamorado correcto.)

ANGELA No hablemos más de
[estas cosas...
Bailemos... ¿No le entusiasma
a usted el vals?
Allá en el salón
hallará distracción
si es que le gusta bailar.

RENE.—(*Suplicándole con encarecimiento.*)

Escúcheme usted por caridad,
destroza usted mi corazón.
¡Piedad! ¡Piedad!

ANGELA.—(*Repentinamente triste, se sienta en la silla, al lado de la mesa, extiende los brazos a lo largo del respaldo y deja caer la cabeza hacia atrás.*)

Es imposible
no puedo contestar.
El pensar yo en amor
sería soñar.

(Cierra los ojos y queda como soñando, mientras René colocándose detrás del sofá la mira enamorado, acercándose a ella cada vez más. Cesa la música dentro, René muy lentamente y como hablando aparte.)

RENE ¿Es la felicidad que otra vez hallo aquí?
¿Es que el amor que en vano busqué
tan cerca está de mí?
¿Es la felicidad que hoy podré alcanzar
sólo con los labios á ella extender?

(René quiere besarla y se arrepiente.)

¿Y la dejo marchar y nunca más volver?

(René se inclina lentamente como si fuese a besarla. Ella de repente abre los ojos y ve el rostro de René. Entonces levántase frotándose los ojos como si despertara.)

Recitado sobre la música

ANGELA.—No, no es posible... Esto ha sido una ilusión.

RENE.—(*Con resignación.*) ¿Me concede usted por lo menos el honor de bailar conmigo?

ANGELA.—Con mucho gusto. (*Bailan.*) Mire usted, Barón. Yo debo decirle la verdad. Soy casada.

RENE.—¿Que está usted casada?

ANGELA.—Sí.

RENE.—(*Deteniéndose.*) Y yo también.

LOS DOS.—(*Se miran y dicen á un tiempo.*) ¡Que sea enhorabuena!

RENE.—(*Bailando.*) Pero, ¡ay! yo me voy á divorciar mañana.

ANGELA.—(*Deteniéndose.*) ¿Mañana? Y yo también.

LOS DOS.—(*Deteniéndose y mirándose.*) ¡Que sea enhorabuena!

RENE.—¡Qué casualidad! (*Bailan.*)

ANGELA.—(*Riéndose.*) ¡Qué casualidad!

(En este momento el baile se hace vertiginoso y rápido hasta salir de escena por la tercera izquierda.)

ESCENA VI

JILIETA y ARMANDO, por segunda izquierda.

Hablado

JULIETA.—¡No, no y no!

ARMANDO.—Pero ven acá, chiquilla... Si es que no tienes paciencia.

JULIETA.—Es inútil. No lo conseguirás.

ARMANDO.—Te digo que uno. Ya ves un beso, uno nada más.

JULIETA.—Y yo te repito que hasta que no te cases conmigo ni uno ni medio. ¡Ni esto!

ARMANDO.—¡Vaya! por lo visto eso del matrimonio es para ti cuestión de vida ó muerte.

JULIETA.—No... Es una idea fija.

ARMANDO.—Desengáñate, Julieta, eso es que no me quieres. Tú no me quieres como yo te quiero.

JULIETA.—Eso con seguridad.

ARMANDO.—Pero, ¿por qué?

JULIETA.—Pues muy sencillo. Porque tú me quieres á mí de una manera y yo te quiero á ti ...de otra.

ARMANDO.—Yo te quiero con locura y me casaré contigo; te lo juro.

JULIETA.—(*Gravemente cómica.*) Bueno. ¿Estás dispuesto á repetir esas palabras donde yo te diga?

ARMANDO.—En todas partes. Donde quieras.

JULIETA.—Muy bien; pues procura estar mañana á las diez en la Vicaría con dos testigos.

ARMANDO.—¿Lo ves? No se puede hablar en serio contigo.

JULIETA.—Pero si eres tú el que lo echas todo á chirigota.

ARMANDO.—Anda, Julieta... ¡Julieta!... ¡Dame un beso!

Música

ARMANDO — Una prueba de amor.
JULIETA — No, señor; no, señor.
ARMANDO — Es un beso no más.
JULIETA — ¡Dónde vas! ¡Dónde vas!
(*Retirándole.*)
ARMANDO — ¡Dámelo por favor
que no hay cosa mejor!
Ya verás, ya verás, ya verás.

JULIETA Yo me dejo besar.
ARMANDO Sin tardar, sin tardar.
JULIETA Lo que quieras haré.
ARMANDO Dámele, dámele.
JULIETA Mas si quieres lograr
que yo un beso te dé,
¡cásate, cásate, cásate!
ARMANDO Por favor, por favor,
dame un beso y verás
que de las dichas del amor
es la mayor
hacer *¡chás, chás!* (*Se besan.*)

(Julieta mientras Armando repite sigue el canto con la boca cerrada y huyendo de Armando que se insinúa.)

Por favor, por favor,
dame un beso y verás
que de las dichas del amor
es la mayor hacer *¡chás, chás!* (*Beso.*)
JULIETA Por un beso así estás.
ARMANDO Nada más, nada más.
JULIETA Contestarte no sé.
ARMANDO Dámele, dámele.
JULIETA Pues acércate más
y aprovéchate ya.
¡Róbale, róbale, róbale!
ARMANDO Si me quieres á mí.
JULIETA ¡Solo á ti, sólo á ti!
ARMANDO Si mi esposa has de ser.
JULIETA ¡Tu mujer! ¡tu mujer!
ARMANDO Que te vea yo así
en mis brazos aquí,
¡qué placer! ¡qué placer! ¡qué placer!

(Abrázanse muy amorosamente.)

JULIETA Por favor, por favor,
dame un beso y verás
que de las dichas del amor
es la mayor hacer *¡chás, chás!* (*Besa.*)

(En el "chás chás" se dan un beso que suene bien diciendo luego el refrán con la boca cerrada y persiguiéndose. Por último, juntan los labios, y con los brazos en cruz bailan el vals, saliendo así de escena por la segunda izquierda sin separar los labios.)

ESCENA VII

ANGELA y BASILIO, por tercera izquierda.

Hablado

(Basilio entra deshojando una gran margarita y preguntando: "Sí, No, Quizá". Angela se ríe de él.)

BASILIO.—Sí... No... Quizá...

ANGELA.—Pero, Príncipe, por Dios. Que se van á reir de usted si le ven.

BASILIO.—No lo puedo evitar, en cuanto veo una flor ya la estoy deshojando para preguntar si me quiere usted.

(Sigue arrancando hojas hasta que se terminen sus pétalos.)

ANGELA.—Saldrá siempre que sí, naturalmente.

BASILIO.—Pues mire usted lo que son las cosas, ni por casualidad una vez. Lo que más me sale es un ¡quizá! Pero la mayor parte de las veces es un no redondo como una catedral.

ANGELA.—¡Qué raro! ¡Bah! No haga usted caso de lo que le digan. (*Se sienta en la derecha.*) (1)

BASILIO.—No, si yo tengo la seguridad de que usted me adora.

ANGELA.—Entonces, ¿por qué se lo pregunta usted á las flores?

BASILIO.—Pues ahí verá usted. Porque siempre le gusta á uno que le regalen el oído. (*Arrancando hojas.*) Sí... no... quizá...

ANGELES.—Diga usted, Príncipe, tengo curiosidad por saber una cosa. ¿Cómo era el Conde de Luxemburgo?

BASILIO.—(*Dejando caer la flor por el sobresalto.*) ¿Eh?

ANGELA.—Sí, nunca me ha dicho usted nada de él.

BASILIO.—¡Pero por Dios! ¿Quién se acuerda de eso?

ANGELA.—No, no. Es que quiero saber como era, después de todo he sido su esposa nominal durante tres meses y mañana me voy á divorciar de él sin haberle conocido. ¿Es joven?

BASILIO.—¿Joven? ¡Ca!... ¡muy viejo!

ANGELA.—¿Y guapo?

BASILIO.—¿Guapo? Horroroso... tuerto... cojo... jorobado... en fin... ¿Cómo quiere usted que sea un hombre que se presta a... vamos... a... a lo que él se prestó?

ANGELA.—(*Pensativa.*) Sí. Eso sí es verdad. ¡Venderse así! Sin embargo tendría el capricho de conocerle.

BASILIO.—¡Vaya un capricho!

ANGELA.—Me lo presentará usted.

BASILIO.—¿Por qué no? Más adelante, después que nos hayamos casado.

ANGELA.—¿Por qué no antes?

BASILIO.—No... antes no. Se asustaría usted.

ANGELA.—(*Dejando caer el pañuelo.*) Príncipe...

BASILIO.—¿Qué?

ANGELA.—(*Indicándole el pañuelo.*) El pañuelo.

BASILIO.—(*Que ha visto el pañuelo, pero que se hace el distraído porque no puede agacharse.*) ¡Ah, sí... el pañuelo... ya... ya le veo...

ANGELA.—¿Quiere usted hacer el favor?

BASILIO.—¿Yo?... ¡Ya lo creo!... Con mucho gusto.

(Intenta cogerlo varias veces y otras tantas está a punto de ir al suelo.)

ANGELA.—Bueno. Pero que...

BASILIO.—Diga usted. ¿No tendría otro?...

ANGELA.—¿Otro qué?

BASILIO.—Otro pañuelo... porque de noche los médicos me han prohibido que me incline.

ANGELA.—(*Despreciativa.*) Comprendo. No se moleste usted. No merece la pena, lo recogeré yo. (*Lo hace y pasa por delante á la izquierda.*)

BASILIO.—No dudará usted que mi voluntad ...

ANGELA.—¡Oh! Sí; su voluntad es muy grande ...ya lo sé.

BASILIO.—Sí, Angela, sí, muy grande, ya lo verá usted cuando nos casemos.

ANGELA.—(*Volviéndose á Basilio.*) ¡Cuando nos casemos!... Sí... nuestro matrimonio no será más que eso. Todo voluntad. (*Mutis primera izquierda.*)

ESCENA VIII

BASILIO, luego RENE.

BASILIO.—¿Se habrá incomodado? Voy a ver... (*Toma una flor de los jarrones de la escalera.*) Sí... No... Quizá... etc...

RENE.—(*Tercera izquierda sin reparar en Basilio.*) Hace media hora que no la veo.

---

(1) Angela—Basilio.

BASILIO.—(*Estupefacto al reparar en René deja caer la flor y cae sobre el sofá.*) ¿Eh? ¡El! ¡El aquí!...

RENE.—(*Volviéndose de pronto y sin reconocer á Basilio.*) ¡Cómo! (*Reconociéndole.*) ¡El Príncipe!

BASILIO.—(*Acercándose poco á poco á René y reponiéndose.*) ¡Desgraciado! ¿Qué hace usted aquí?

RENE.—(*Con naturalidad.*) Muy sencillo. He regresado hoy á París para cumplir mi palabra y nuestro contrato.

BASILIO.—¿Pero qué ha venido usted á hacer á esta casa?

RENE.—¿Yo? Nada. Lo que usted. Pasar el rato. Me han invitado y aquí estoy.

BASILIO.—¿Y se ha presentado usted con su nombre, naturalmente?

RENE.—¡Ah! No, señor. Aquí me llamo todavía hoy el Barón de Reinart.

BASILIO.—(*Respirando.*) ¡Ay!... Respiro.

RENE.—Y ya que le he visto á usted, ¡qué! ¿estará mañana todo en regla para divorciarnos?

BASILIO.—Todo, sí, señor; ahora que es preciso que se vaya usted de aquí inmediatamente.

RENE.—¡Hombre, eso va á ser un poco difícil, porque yo tengo que hacer mucho aquí esta noche!

BASILIO.—¿Que no se va usted?

RENE.—¡Imposible!

BASILIO.—¿Imposible? No, señor, no tiene usted más remedio que irse. ¿Lo oye usted? Aquí no puede permanecer más. Usted no sabe... Usted no sabe... que podían ocurrir cosas espantosas.

RENE.—¡Pero, hombre... por Dios! ¡Irme así!... ¿Qué disculpa voy á dar á la señora de la casa?

BASILIO.—Qué sé yo... cualquier cosa. Yo le disculparé á usted... Una jaqueca repentina... una indisposición cualquiera...

RENE.—Pero...

BASILIO.—Nada, nada, eso queda de mi cuenta... váyase... váyase... (*Empujándole hacia fuera.*)

ESCENA IX

DICHOS y ANGELA por la escalinata foro.

ANGELA.—¡Ah! ¿Pero se conocían ustedes?

BASILIO.—(¡Ella!)

RENE.—(¡Ella!)

BASILIO.—(*Azorado y ayudándola á bajar.*) ¡Sí... sí... yo conozco mucho al Barón... Barón de... (*A René.*) ¿Barón de qué?... (1)

RENE.—(*A Basilio.*) Reinart.

BASILIO.—Pues sí... eso es... el Barón de... de... Reinart... Justo... El Barón de Reinart. Es íntimo amigo mío. Ahora mismo lo estaba despidiendo. ¿No es verdad?

ANGELA.—(*A René.*) ¿Cómo?... ¿Pero se va?

RENE.—Sí, señora.

BASILIO.—Sí... una indisposición repentina... tiene mucha fiebre... ¿Verdad? ¿Verdad que tiene mucha fiebre?

ANGELA.—¿Fiebre? Pero si no es posible. A ver. (*Se acerca á René y le pone la mano en la cabeza; en la mano llevará el guante, que René se lo quita guardándoselo en el bolsillo.*) No... si no tiene nada... (*Vuelve á su sitio.*)

BASILIO.—¿Cómo que no? Hace un momento tenía un calenturón horrible. (*A René.*) ¡Diga usted que tenía calentura!

---

(1) Angela—Basilio—René.

RENE.—Sí... sí: en efecto, no me encontraba bien. (*Suena dentro la orquesta.*)

ANGELA.—¡Bah!... Pero ya se ha pasado... Eso no es nada... (*Acercándose nuevamente á René.*) Venga usted á bailar conmigo este vals.

RENE.—Como usted mande.

BASILIO.—(*Furioso.*) ¡No... eso no!... yo bailaré... yo bailaré...

ANGELA.—(*Riendo.*) No puede ser. El primer vals se lo he concedido al Barón.

(Angela y René bailan, pero á los dos pasos Basilio se mete entre ellos, coge la pareja y sale de escena bailando muy ridículadente, mientras Angela ríe y René se desespera.)

BASILIO.—Bueno... bueno... Basta... ahora yo... (*Mutis bailando segunda izquierda.*)

ESCENA X

RENE

No... decididamente yo no puedo ni debo permanecer aquí ni un momento más. Esta mujer me enloquece y este viejo ridículo me ataca los nervios, pero le tengo que obedecer... (*Se sienta.*) He empeñado mi palabra... Todavía no soy libre... mañana... mañana será otra cosa. ¿Qué clase de mujer es esta? ¿Se burla de mí? ¡Calma, calma!... Este viejo aquí... su empeño en que me marche... ¿Si yo pudiera recordar el metal de su voz? De aquella... ¡Imposible!... No me acuerdo... (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! Su nombre. Aquella se llamaba Angela... Angela... ¿Y ésta? No sé cómo se llama. La Didier... La Didier... A las artistas se las conoce por el apellido... La fulana... la mengana... La Didier... ¡oh! Pero me enteraré... me enteraré.

ESCENA XI

DICHO y ARMANDO, con tristeza cómica.

ARMANDO.—¡Diablo de muchacha! Nada, que no voy á tener más remedio...

RENE.—Armando, me alegro que vengas. (*Levantándose.*)

ARMANDO.—¿Sí? Pues vengo á darte una mala noticia.

RENE.—¿Mala para mí?

ARMANDO.—No, para mí.

RENE.—Bueno; pues no me la des; no me importa.

ARMANDO.—¿Qué no te importa? ¡Ah! ¿No?... Pues yo le tengo que decir á alguien que me caso.

RENE.—¿Que te casas? ¿Cuándo?

ARMANDO.—Mañana á primera hora. En cuanto se abra la Alcaldía.

RENE.—Bueno... pues que te sea leve.

ARMANDO.—*¡Ora pro nobis!*

RENE.—Y ahora, respóndeme.

ARMANDO.—Pregunta.

RENE.—¿Tú sabes cómo se llama la dueña de la casa?

ARMANDO.—¡Hombre, naturalmente, la Didier!

RENE.—Eso también lo sabía yo. Pero ese no es su nombre.

ARMANDO.—¡Ah! ¿tiene otro?

RENE.—Quiero decir que ese es su apellido, y lo que yo quiero saber es su nombre.

ARMANDO.—¿Su nombre? Pues, hijo, no sé. Yo siempre la he oído llamar la Didier. Aguarda... Me parece que he visto un retrato suyo en un periódico y tenía puesto el nombre... ¿Cómo era?... ¡Sí!... Creo que el epígrafe decía Angela!

RENE.—¡Angela!

ARMANDO.—Sí... Eso es. Angela... Angela Didier.

RENE.—¿Pero estás seguro?

ARMANDO.—¡Vaya! Sin embargo, para convencernos se me ocurre una idea.

RENE.—¿Cual?

ARMANDO.—Vamos á preguntárselo á ella. Mejor que ella nadie lo ha de saber.

RENE.—(*Meditando.*) Angela... Angela... Sí... es ella... No tiene más remedio que ser ella.

ARMANDO.—¿Eh? ¿Eh? ¿Pero qué te pasa? Mira que estás ya que hablas solo.

RENE.—Armando. ¡Tú no sabes!

ARMANDO.—No, y como me lo expliques con esa claridad me parece que me quedo en ayunas.

RENE.—Bueno, pues para que lo sepas, Angela es mi mujer.

ARMANDO.—¡Se volvió loco! (*Asustado.*)

RENE.—No me cabe duda. ¡Es ella! ¡Es ella!... ¡Ven! ¡Ven! Quiero explicarte...

ARMANDO.—¡Ay, René... mal te veo, mal te veo! ¿Por qué no vas á que te vea un médico? (*Mutis escalinata derecha.*)

ESCENA XII

JULIETA y BASILIO

Salen foro izquierda bajando la escalinata. Julieta ríe como una loca de Basilio, que saldrá furioso, hecho un ba... silisco. Al bajar da un gran tropezón..

JULIETA.—¡Ja, ja, ja, ja!

BASILIO.—¡Señorita, señorita, no se ría usted!

JULIETA.—Pero si usted no sabe lo gracioso que estaba tumbado en medio del salón. ¡Qué batacazo! ¡Qué batacazo! ¿De veras que no se ha roto usted nada?

BASILIO.—Una desgracia cualquiera la tiene. Ha de saber usted que yo soy capaz de bailar toda la noche sin rendirme.

JULIETA.—Pero no sin caerse.

BASILIO.—Soy un roble, soy una roca. Soy incansable. En mis tiempos yo era la fiera de los salones.

JULIETA.—¡El tiempo que debe hacer ya de eso!

Música

BASILIO El baile fué, cuando era joven, mi mayor encanto;
¡créalo usted!
que no hay quien haya presumido tanto.

JULIETA Pero es que entonces esa panza no daría espanto
con el corsé,
que debe estarle molestando tanto.

BASILIO Había que verme saltar y bailar,
y había que oirme romper á cantar.
En los bailes moscovitas
no he tenido yo ningún rival.
Vengan valses, vengan polkas, vengan sin cesar,
que es el mayor placer bailar, bailar, bailar.
Vengan valses, vengan polkas, vengan sin cesar,
que no puede dicha haber sin bailar. (*Bailan.*)

JULIETA De fijo todas las mujeres se dislocarían
y al verle á usted tan elegante
se enamorarían.

BASILIO.— Yo destrocé seguramente un corazón por día;
si á una mujer la contemplaba, al punto se rendía.
JULIETA Habría que verle de todas triunfar,
¡qué tiempos aquéllos! ¡ya no volverán!
Me figuro que en amores
no ha tenido usted ningún rival.
LOS DOS Vengan valses, vengan polkas, vengan sin cesar,
que es el mayor placer bailar, bailar, bailar.
Vengan valses, vengan polkas, vengan sin cesar,
que no puede dicha haber sin bailar.

(Todo el número bailado. Al terminar vase Julieta riendo y haciendo bailar a Basilio, que cae rendido en la silla al lado de la mesa.)

ESCENA XIII

BASILIO

Hablado

¡Horrible! ¡Horrible! ¡Qué noche tan horrible! Y luego este Conde de Luxemburgo, que se presenta cuando nadie lo esperaba, ¡oh, no! Es menester arreglar esto hoy mismo. Mañana sin falta el divorcio y pasado mañana mi boda. ¡Ay, Angela! ¡Cuántas emociones paso por ti!... ¡Ah! Aquí viene... ¿Cómo la pintaría mi amor? ¿Cómo la demostraría yo que estoy loco?... ¡loco!... ¡¡loco!!...

(Corre hacia Angela que entra distraída por la segunda izquierda.)

ESCENA XIV

ANGELA y BASILIO; luego JULIETA, ARMANDO y CORO GENERAL. Más tarde RENE.

Basilio canta ridículamente y con ademanes románticos a Angela, que se rie de él

Música

BASILIO Como están los palomitos cuando se hacen el amor,
estaremos muy juntitos siempre así solos los dos.
Mi pasión cantaré y así viviremos los dos,
como están los palomitos cuando se hacen el amor.
ANGELA Por Dios. Déjese ya de poesía.
BASILIO Si es que estoy loco de alegría
al ver que pronto llegarán
la dicha y la felicidad.

(En este momento entra el Coro por parejas, bailando las últimas figuras del cotillón. Con el Coro entran Julieta y Armando. Angela va hasta el fondo mientras Basilio se entretiene deshojando una rosa que toma de la escena.)

BASILIO (*Al Coro.*)
Hoy, señores, me siento—como nunca contento,
y quiero á todos en esta ocasión—la nueva dar de mi próxima unión.
(Presentando a Angela de la mano.)
¡Mi esposa! El amor—me ha robado la calma,
siento en mí la pasión—que invade mi alma.
PARTES Enhorabuena.
CORO ¡Enhorabuena!
BAJOS ¡Mi parabién!
ARMANDO. (*Sorprendido y con marcada intención.*)
Enhorabuena doy á usted,
pero esta dama creo que libre no es.
¡Está casada! No puede ya su esposa ser.
CORO ¿Cómo hasta hoy nos lo ocultó?
ANGELA.—(*A Basilio.*) (¡Ya se descubrió!)

BASILIO (¡Ya se descubrió!)
ARMANDO (¡Ya la boda se desarregló!)
BASILIO.—(*Hablando y rápidamente á Angela.*) (¡Mejor es decir la verdad.
ANGELA.—(¡Sí, mejor será!)
BASILIO.—(*Cantando.*) Sí, señora. El tiene razón. Es verdad.
Porque Angela casada está.—Yo mismo el novio la busqué.
Con él un título compré—para casarse y sin tratarse
tres meses después divorciarse.
Para pricesa poder ser—un título debe tener,
y á Luxemburgo compré yo,—que á ser marido se prestó.
ARMANDO.—(*A Julieta.*)
(Qué escándalo!... René... René...)
ANGELA Jamás le ví. No le conozco.
JULIETA (¡Qué escándalo!... René... René...)
ARMANDO.—(*A Angela.*)
¿Pero al casarse usted con él
ni por azar lo vió?
BASILIO Yo lo impedí...
Al Conde casé y no supo con quién.
ANGELA Recuerdo, sí, que al ir los dos á firmar
mi mano sólo le dí á besar.
BASILIO.-(*Con desprecio.*) No era aquel...
ANGELA.—(*Idem.*) No era aquel.
LOS DOS El amor que soñé (soñó).
BASILIO.—(*Orgulloso.*)
Que su amor soy solo yo.
ANGELA Compré su título de Conde.
CORO No era aquel, no era aquel-
el amor con que soñó.
ANGELA Porque sólo sueño fué.
BASILIO.—(*Pavoneándose ridículamente.*)
Y hoy su amor soy yo.
CORO El Conde es el que se vendió
sin nada sospechar;
pero hoy que al fin el plazo expiró,—se queda en libertad.
ARMANDO.—(*A Angela.*) Si usted le ve,
yo me atrevo á apostar—que no le despreciará usted.
ANGELA.—(*Despreciativa.*) ¡Me hace reir!
A un hombre que compró—como una cosa quererle yo.
¡Por Dios!
El mismo Apolo había de ser—y yo su amor nunca aceptaré.
Si al Conde un día conozco yo,—á él mismo diré
(*Hablando.*) lo que pienso de él.

(René, que ha aparecido en lo alto de la escalinata, escucha las últimas palabras de Angela y desciende hasta primer término, reprimiendo el efecto que le ha producido lo que escuchó y queriendo fingir una alegría que no siente. Angela al saber que René es el Conde de Luxemburgo, queda anodada y confusa. Basilio se desespera cómicamente. Estupor y asombro en el Coro. René avanza.)

RENE Yo el Conde soy.—Mil gracias, señora.—Razón tiene usted.
ANGELA.—(*Hablando.*) ¡Cómo, Barón!... ¿Es usted el Conde?
RENE Alegre mi fortuna gasté sin duelo,
que yo no dí importancia nunca al dinero;
nunca fuí más dichoso—que al saber que no tenía un real.
¡Ah!... Larí... Larí... Larí...
Que el dinero y el amor—se llevaron siempre mal.

¡Muy mal!—¡Por algo el oro es vil metal
¡Ah!... Larí... Larí... Larí...
Que el dinero y el amor—jamás pueden juntos bien estar.
¡No! ¡no es verdad!

(Dirígese a Angela, que oculta el rostro en el pecho de Julieta.)

Usted, señora, piensa que es mejor—ser muy rica y ser princesa rusa.
¡Quién sabe si tendrá razón!
Yo me vendí.—No me desprecie, ¡oh! ¡No!
Que usted princesa es...—gracias á mí...

ANGELA.—(*Hablando.*) (¡Oh, cómo sufro!)

BASILIO.—(*Que presume ridículamente de amante preferida, dice á Angela.*) ¡Diga usted que sí¡—¡Que usted me adora!

ANGELA.—(*Sin hacerle caso.*) ¡No puedo más!

BASILIO.—(*A René temeroso, pero queriendo darla de valiente.*)
Usted se debe callar.
Recuerde la condición—y váyase inmediatamente
¡Chitón, chitón!
que usted me dió palabra—y yo le pagué bien puntualmente.

ARMANDO ¡René! (*Protestando contra Basilio.*)

JULIETA (*Idem.*) ¡Pero por Dios!

RENE.—(*Deteniendo á Armando con un gesto.*) ¡Callaz!
(*A Basilio.*) Es cierto, sí señor.
Lo prometido yo debo cumplir.
(*Volviéndos e Angela y emocionándose por instantes.*)
Adiós... Adios... Hoy sé que loco vendí
con mi nombre mucho más.

(*Hablado.*).—Vendí algo que no podré recuperar jamás. Angela... Adiós... He vendido mi felicidad.

(Cuando René conteniendo un sollozo vase en dirección a la escalinata, Angela sollozando, al verle marchar, no puede contenerse y da dos pasos hacia él gritando.)

ANGELA.—René... René... No, todavía no... Todavía hoy soy su mujer.

(Asombro en todos. Basilio, aterrado quiere interponerse entre Angela y René, pero Julieta le tira de los faldones y Armando le pone cariñosamente un puño en las narices. René corre hacia Angela.)

RENE.—¿Pero Angela, es posible, es cierto?

ANGELA.—(*A René, cantando.*)
Perdóname, por Dios,—no me abandones, no.

CORO Amanse, bien se ve.—Quiérense ya los dos.
Mirándose no más—dícense su pasión.

RENE Cuánto te quiero.

ANGELA Cuánto te quiero.

LOS DOS ¡Ah! ¡Mi amor!

ANGELA.—(Hablado.) Conde, el brazo.

(René se apresura a ofrecerla galantemente el brazo. Basilio quiere lanzarse sobre ellos, pero Julieta y Armando se lo impiden.)

BASILIO.—(*A René.*) Recuerde usted lo que firmó.—Cuento con su palabra.
(*Hablado.*) Recuerde usted que entre Angela y
usted está su palabra de honor separándolos.

RENE.—(*Llevándose del brazo a Angela.*) No lo he olvidado. En esta dama, a pesar de ser todavía mi esposa, respeto yo a su prometida.

ANGELA.—Salgamos.

CORO (*Cantando.*)
Amanse, bien se ve.—Quiérense ya los dos,
y él, sin saberlo,—con la dicha el amor vendió.

(René y Angela, del brazo, suben muy acaramelados las gradas de la escalinata. Basilio, sofocado, quiere correr tras de ellos, pero Julieta le tira de los faldones y Armando se opone a que vaya. Basilio, sudoroso y jadeante, se deja caer desesperado en el sofá. Los demás personajes con arreglo a la situación.—Telón pausado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

El "hall" del Gran Hotel de París. Una madrugada de Douper Alegre. Gran escalera en el fondo con peldaños practicables, pasamanos y columnas. Al final de la escalera corredor practicable. Mesas con viandas y vinos, alumbradas con lámparas pequeñitas. Mucha luz. Damas en "toilettes de soirée". Los hombres de frac. En un extremo, quinteto de Tziganes. A la izquierda, primer término, mesa redonda vacía, oculta por un gran biombo. Al levantarse el telón óyese la orquesta de Tziganes tocar dentro. Al descorrerse la cortina, la escena aparecerá en un aspecto brillantísimo, elegante. Mucho ruido, mucha alegría y mucha animación. Todos hablan y ríen al mismo tiempo. La orquesta toca y el público lleva el compás. Los Camareros van y vienen sirviendo lo que piden los clientes. En el primer término derecha, la Marquesa Natadia sola en una mesa, cena y bebe con glotonería. Es una señora vieja, pintada ridículamente, elegante y que grita mucho cada vez que pide algo. Tipo muy cómico, bebe mucho y tendrá ya en la mesa media docena de botellas vacías. Cuando acaba de cenar, fuma como una locomotora.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA NATADIA, MOZO, GROOM, DAMAS 1.ª y 2.ª, CABALLEROS 1.º y 2.º, y AUGUSTO.

MARQUESA.—(A los Tziganes que acaban de tocar.) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Mozo!

MOZO.—¿Llamaba usted, señora?

MARQUESA.—Otra botella de Champán.

MOZO.—¿Entera?

MARQUESA.—Naturalmente.

MOZO.—(Retirándose.) Esta mujer es una esponja.

MARQUESA.—¡Mozo!...

MOZO.—(Volviendo.) Señora...

MARQUESA.—Que venga el chauseur.

MOZO.—Bien, señora. (Vase el Mozo.)

MARQUESA.—¡Qué sorpresa! ¡Qué sorpresa voy a dar a mi pobre Basilio! ¡Qué alegría la suya cuando le entregue la orden autógrafa del Czar, mandándole que se case conmigo inmediatamente.

GROOM.—(Aproximándose a Natadia.) ¿Me llamaba usted, señora?...

MARQUESA.—Sí... ¿Ha regresado ya al hotel el Príncipe Basilio?

GROOM:—No le he visto entrar, señora.

MARQUESA.—Entérese usted y venga a decírmelo en seguida.

GROOM.—Perfectamente.

MARQUESA.—Pero sin decirle que estoy aquí yo.

GROOM.—Muy bien. (Vase el Groom.)

MARQUESA.—¡Qué sorpresa! ¡Qué sorpresa la suya! (bebe.)

DAMA 1.ª.—(Desde una mesa del centro.) ¡Eh! ¡Augusto, pero y las inglesas cuándo salen!

CABALLERO 1.º.—Eso, eso. ¿Cuándo vienen las inglesas?

DAMA 2.ª.—(Desde otra mesa.) ¿Y los apaches? "La vals Chauloupée".

DAMA 1.ª.—"La vals Chaloupée".

CABALLERO 1.º.—Las inglesas, las inglesas.

AUGUSTO.—(Gerente del hotel.) Señoras y señores... Vamos a tener el gusto de oir primero la troupe del establecimiento. Las manolas.

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo!

ESCENA II

DICHOS, CARMEN y las MANOLAS, que salen por tercera izquierda, describen un círculo y evolucionan a gusto del Director de escena.

Música

I

TODAS Desde la venta de Eritaña
al Bulevar de Batiñol
el cielo viene aquí de España
con su alegría y con su sol.
Nosotras alegramos
la última hora
del París que disfruta
y hace la bomba.
¡Bomba, olé!
Pues pa divertirnos preciso es
un poquito de juerga
y ándeme usted.

CARMEN De la mujer española,
¡Aay!
no hay en París quien lo diga
¡Aay!
que es siempre aquella manola
de la navaja en la liga.
Que no hay hombre que no toque
serenatas a un balcón
y que no lleve un estoque
a manera de bastón.
¡Musiú! ¡Musiú!
Si usté va por mi tierra algún día,
¡Musiú! ¡Musiú!
verá usté que allí está la alegría

TODOS ¡Musiú! ¡Musiú!

CARMEN Que en mi tierra no hacemos el bú.

II

Por un español suspira—¡Aay!
toda francesa con pena,—¡Aay!
porque amoroso la mira,—porque su carne es morena.
Por el amor de un torero—las muchachas de París
sacrifican el dinero,—la vergüenza y los chischís.
¡Madam! ¡Madam!—Si usté va por mi tierra algún día,
¡Madam! ¡Madam!—verá usté que allí no hay fantasía.

TODOS ¡Madam! ¡Madam!

CARMEN Que allí se hace el amor de verdad.

Hablado

CARMEN Son las manolas traviesas—que no traen más intereses a París, ni más empresas,—que reñir con las francesas ¡y engañar a los franceses!

(Bis en la orquesta. Mutis tercera izquierda.)

ESCENA III

DICHOS, JULIETA y ARMANDO por segunda derecha.

ARMANDO.—Por fin...

JULIETA.—Sí. Ya es hora. ¡Qué ganas tenía de descansar!

ARMANDO.—Dentro de un instante tendremos preparada la habitación. ¡Qué cómodo es este París! ¿Ves?... A cualquier hora que a uno se le antoja tiene hoteles que le abran la puerta, criados dispuestos a servir y habitaciones preparadas.

JULIETA.—Bueno, eso de la habitación supongo que no lo habrás tomado en serio.

ARMANDO.—¿Cómo?

JULIETA.—Sí... Ya me entiendes.

ARMANDO.—Palabra que...

JULIETA.—Una habitación para los dos... Todavía no.

ARMANDO.—¿Pero no hemos quedado en que nos casamos mañana por la mañana, es decir, hoy, porque ya...?

JULIETA.—Pues por eso precisamente... porque no quiero que te arrepientas.

ARMANDO.—¿Luego tú crees?...

JULIETA.—Creo que estás decidido. Que dentro de una hora, en cuanto abran la alcaldía, te vas a casar conmigo.

ARMANDO.—A las seis.

JULIETA.—¿Has avisado a los testigos?

ARMANDO.—Allí nos esperan.

JULIETA.—Pues hasta las seis nos estaremos aquí, charlaremos. (Se quita el abrigo y el sombrero y se sienta al lado de un velador en la derecha.) Vamos a ver... ¿Qué te ha parecido el arranque de Angela marchándose con René y dejando al Príncipe con un palmo de narices?

ARMANDO.—Eso hacen las mujeres que quieren de verdad.

JULIETA.—¡Sí?... ¡Qué gracioso! Porque está casada con él. ¿Pero dónde se habrán ido?

ARMANDO.—Aquí tienen que venir, porque René vive aquí, en este hotel. ¿Vamos a encargar la habitación?

JULIETA.—Vamos. Pero conste que a mí no me coges dentro hasta después.

ARMANDO.—¿Hasta cuándo?...

JULIETA.—Hasta después del garabato... Ya me entiendes. (Vanse segundo izquierda.)

AUGUSTO.—Señoras y señores... Ahora "El sombrero parisién."

ESCENA IV

DICHOS y LAS DEL SOMBRERO.

Son cinco y salen dos por la derecha, dos por primera izquierda y la del centro por la izquierda también.

Música

TODAS Ya la moda del desnudo—pasó para no volver.
Ya en París no hay quien se encienda
viendo en malla sugestiva a una mujer.

PRIMERA En los escenarios de París la moda
ya no es desnudarse,—hoy se visten todas,
que los hombres piden—sedas por doquier,
muchos perifollos—y poca mujer.

TODAS (Avanzan a las candilejas.)—Imitemos, pues, la moda,
puesto que la moda es esa,—y está visto que hoy ya todo
(Colocan la silla y se sientan.)
hay que hacerlo a la francesa.
(Van sacando las medias y poniéndoselas.)

PRIMERA Las mujeres que son distinguidas
hoy se visten con poco dinero,
pues las basta para ir bien vestidas
ponerse un sombrero.
Que el sombrero es lo más necesario,
el sombrero es toaleta y armario
como ustedes aquí pueden ver;
y de fijo no habrá un caballero
que proteste al mirar un sombrero
por tamaño que pueda tener.
(*Sacan: primero, el corsé; segundo la enagua, y tercero, la falda.*)
Del sombrero, el sombrero y sombrero
nos sacamos las medias primero,
las enaguas, la falda, el corsé.
y es hoy día un perfecto ropero
el sombrero, el sombrero, el sombrero,
donde todo se puede meter.
(*Van sacando todas estas prendas del sombrero, conforme lo que indica el cantable y se las van poniendo.*)

TODAS Del sombrero, el sombrero, el som-
[brero,—etc., etc.
(*Van sacando la blusa y se la ponen.*)

PRIMERA Como al ver un desnudo a la
[gente
ni conmueve, ni choca, ni incita,
la mujer cree que es más conveniente—salir vestidita.
Que el vestido es mejor, según veo,
y a los hombres enciende el deseo
descubrir lo que no logran ver,
pues de fijo no habrá un caballero
que no corra detrás de un sombrero
por mirar lo que va dentro de él.
Del sombrero, el sombrero, y sombrero.
nos sacamos los guantes primero,
(*Sacan los guantes y en seguida las sombrillas.*)
la sombrilla sacamos después,
y es hoy día un perfecto ropero
el sombrero, el sombrero, el sombrero,
donde todo se pueda meter.—El sombrero, etc.
(Con los últimos motivos mutis todas por la izquierda.)

ESCENA V

La MARQUESA NATADIA, MOZO, GROOM y AUGUSTO.

Hablado

MARQUESA.—(Apurando una copa.) Pero este "chaseur"... Mozo... Mozo... (Llamando.)

AUGUSTO.—(A los mozos.) Vamos... Recogedlo todo...

MARQUESA.—(Más fuerte.) Mozo...

MOZO.—Señora...

MARQUESA.—¿Y el muchacho?

MOZO.—Aquí está ya.

MARQUESA.—¡Gracias a Dios!

GROOM.—(Entrando por la derecha.) Señora, el Príncipe Basilio no ha venido todavía.

MARQUESA.—¿Ha mirado usted en su habitación?

GROOM.—Sí, señora. No está.

MARQUESA.—¡Que no ha venido! Y son las cuatro de la mañana... ¡Ah! infame. Estará...

GROOM.—No sé, señora.

MARQUESA.—(Levantándose precipitadamente.) Inmediatamente, deme usted la llave de su habitación.

GROOM.—Pero, señora...

MARQUESA.—(Con aire imperioso.) La llave he dicho.

GROOM.—Está bien.

MARQUESA.—(Saliendo con el Groom.) ¡Ah, pillo! ¿Dónde estará?

AUGUSTO.—(Deteniéndola.) Señora. Y la cena, ¿quién la paga?

MARQUESA.—¡Ah, sí! Es verdad. Apúntale usted en la cuenta del Príncipe Basilio. (Vase con el Groom.)

AUGUSTO.—Perfectamente.

MARQUESA.—(Saliendo.) Si él supiera... Si él supiera la sorpresa que le aguarda .

(Augusto recoge las últimas mesas y vase. Queda la escena sola. No habrá más mesa que la del primer término izquierda oculta con el biombo. Pausa.)

ESCENA VI

EL PRINCIPE BASILIO.

Viste como en el acto segundo. Un gabancito muy corto que deja ver los faldones del frac y una chistera muy ridícula. Entra despacio por la derecha, y se dirige a la batería como si hablara con el público.

Gaste usted medio millón, expóngase usted a sufrir las iras del Czar, sujete las ansias de u corazón tres mortales meses, y cuando el objeto de sus afanes está ya al alcance de u mano... ¡Paff! Se presenta ese maldito Conde de Luxemburgo y todo se lo lleva la trampa. Y lo peor de todo es el ridículo, porque, ¿qué dirá mañana la prensa? ¡Me pondrán en solfa! En París estas noticias escandalosas corren como la pólvora. Hay quien es capaz de dar dos mil francos por un chisme. Pero no. Lo peor de todo no es esto. Lo peor son los celós que me devoran, los celos que me atormentan... los celos que me asesinan. Ahora estarán juntos... y ella, la pérfida... ¿qué le dirá? Y él, el infame...¿qué la estará haciendo? ¿Y por dónde se habrá metido? ¡Oh! ¡No!... me ha dado su palabra de honor... ¿Se le olvidará? Los celos... los celos...

ESCENA VII

BASILIO, JULIETA y ARMANDO, segunda izquierda.

JULIETA.—(A Armando.) Mírale.

ARMANDO.—¡El Príncipe!

JULIETA.—(A Basilio.) Excelencia...

BASILIO.—(Sin volver y creyendo que es un criado.) No estoy para nadie. Que me dejen en paz.

JULIETA.—Señor... nosotros

BASILIO.—¿Quién? (Volviéndose.)

ARMANDO.—Gente de paz. (1)

BASILIO.—(Corriendo a ellos.) ¡Ah! ¡Ustedes! El cielo les envía. Pronto, decidme dónde están. ¿Qué hacen? ¿Dónde se fueron?

JULIETA.—Calma, Calma.

BASILIO.—¡Calma! ¡Cómo se conoce que ustedes no han estado enamorados!... ¡Que no han sentido celos! ¡Ah los celos! ¡Los celos!

ARMANDO.—Mala cosa son.

BASILIO.—¿Pero usted cree que el Conde habrá sido capaz de faltar a su palabra de honor?

ARMANDO.—¡Hombre! Yo no sé lo que hará el Conde. Pero si a mí me colocan al lado de una mujer que me guste y no ponen más inconveniente que una palabra de honor por en medio...

BASILIO.—¿Qué?

ARMANDO.—Nada, que me la brinco a la torera.

BASILIO.—(Aterrado.) ¡Dios mío!

JULIETA.—Eso no quiere decir que el Conde piense de la misma manera...

BASILIO.—¡Oh... no! Si piensa de la misma manera, se la salta a la torera. ¡Ah! Los celos... los celos... los celos.

Música

LOS TRES Son los célos el mayor tormento (2)
el más cruel para el corazón,—no hay otra mortificación.
Al mirar coquetear—sin rubor a una mujer
al momento empieza—Cristo a padecer.

BASILIO Siento que me da temblor.
JULIETA / ARMANDO } ¡Temblor!

BASILIO Ardiendo empiezo a estar ya de furor.
JULIETA / ARMANDO } ¡Furor!

BASILIO Es el amor.
JULIETA / ARMANDO } Jesus qué horror los celos son.

TODOS ¡Celos! ¡Hiel los celos son!—Sin ellos dulce la vida es,
malditos sean por siempre amén.

—

(1) Basilio—Armando y Julieta.
(2) Armando—Basilio y Julieta.

¡No comprendo yo por qué razón me (le) despreció!
¡Ardo por saber si me (le) ha engañado esa mujer
Mi (Su) furor es natural,
yo (él) la quiero con pasión.
por eso me muero (se muere) de sofocacion.

BASILIO Diga usté—que ella hizo mal.
JULIETA y ARMANDO ¡Muy mal!
BASILIO ¡Porque ella me juró—eterno amor!

JULIETA y ARMANDO ¡Peor!
BASILIO ¡Es el amor!
JULIETA y ARMANDO ¡Jesús! ¡Qué horror!
BASILIO ¡Tormento atroz—los celos son!
LOS TRES ¡Celos! ¡Hiel los celos son! etc., etc.

ESCENA VIII

ANGELA y RENE, segunda derecha. Angela viste el mismo traje del segundo acto, con capa o salida de teatro muy elegante. René de frac, gabán, etc. Entran silenciosamente. Angela se sienta en el sillón junto al biombo.

Hablado

RENE.—Aquí podrá usted pasar el resto de la noche, puesto que se empeña en que la pasemos juntos, ya que es nuestra última noche de matrimonio.

ANGELA.—La última y la primera.

RENE.—Sí... es verdad. Y si siquiera hubiese sido la primera...

(Toda esta escena con coquetería e intención. René no quiere faltar a su palabra empeñada. Angela trata de excitarle, obligándola a declararla su amor, pero con elegancia. sin grosería.)

ANGELA.—(Con coquetería e intención.) Ya le he dicho a usted que yo soy todavia su mujer. Usted, por lo tanto, hoy es mi marido.

RENE.—(Dominándose.) Pero usted sabe que hay una palabra de honor que nos separa.

ANGELA.—(Mordiéndose los labios con despecho.) Está bien... (Pausa.) ¡Ah!... Tengo sed...

RENE.—¿Quiere usted un refresco?

ANGELA.—Sí. Pida usted Champagne.

RENE.—(Asombrado.) ¡Champagne?... (Hace sonar el timbre.)

ANGELA.—No hay mejor cosa para quitar la sed. (Con intención.) Además, quiero ver si consigo alegrar un poco la última noche de matrimonio... a mi marido.

RENE.—(Suplicante.) ¡Angela!...

ANGELA.—¿Usted no tiene sed?...

RENE.—(Reprimiéndose.) ¿Sed?... ¡Y hambre! Y... No por Dios, Angela. No me mire usted de ese modo.

MOZO.—(Entrando.) ¿Llamaban los señores?

RENE.—Sí. Traiga usted media botella de Pommery y una copa.

ANGELA.—No... no, traiga usted una botella de Pommery y dos copas.

MOZO.—Está bien. (Vase.)

RENE.—(En tono de reproche.) Pero Angela...

ANGELA.—¡No ha dicho usted que tiene sed? Pues beberemos juntos. ¡Uf! ¡Qué calor hace! ¿Quiede usted ayudarme?

RENE.—Al momento.

(La ayuda a quitarse la capa. Angela coquetea siempre arrimándose a él incitándole con la mirada. René suda y sopla.)

ANGELA.—¿De manera que usted vive siempre en hotel?

RENE.—Como ahora estoy de paso en París...

ANGELA.—Sí... Ya se que no ha venido usted más que a divorciarse.

RENE.—Es usted cruel. (El Mozo entra y sirve.) No me lo recuerde tanto.

ANGELA.—(Después de apurar una copa de un trago.) ¿No bebe usted?

RENE.—No, esta noche me da miedo el Champagne.

ANGELA.—(Toma la copa de René, y se la bebe también.) Entonces me la beberé yo a ver si le doy a usted ánimos.

RENE.—(Queriendo oponerse.) Pero eso es una locura, Angela.

ANGELA.—Ya le he dicho a usted que tengo mucha sed, y si usted no me ayuda me beberé yo sola la botella.

RENE.—Concluirá usted por volverme loco... (Llena la copa y se dispone a beber.)

ANGELA.—¿Por qué quiere usted que brindemos, por nuestro matrimonio o por nuestro divorcio?

RENE.—Por mi eterna desgracia.

ANGELA.—Entonces vamos a brindar a la alemana. (Enlazan los brazos con las copas en las manos y beben mirándose siempre.) ¿Se le olvida a usted eso?

RENE.—¿Qué?

ANGELA.—La... palabra de honor.

RENE.—(Sin poderse contener.) ¿Pero usted quiere que yo me mate? ¡Angela! No me atormente usted más. Yo la adoro... usted lo sabe. Es usted todo para mí. La felicidad, el amor, la dicha, la alegría... Pero si yo faltara mi palabra esta noche... ¡Yo se lo juro a usted, Angela, me tendría que pegar un tiro!

ANGELA.—(Incrédula.) ¿De verdad?

RENE.—¿Cómo, lo duda usted? (Resueltamente.) Pues si usted quiere que le pruebe mi amor, dispuesto estoy a ello. Hoy faltaré a mi palabra, pero mañana... mañana me mataré.

ANGELA.—(Retrocediendo atemorizada.) ¡Oh... no... me asusta usted!

RENE.—(Conmovido.) ¡Ah!... ¿Luego usted no quiere que yo muera? (Angela niega con la cabeza.) ¿De verdad, Angela? ¿De verdad me quiere usted? Si la diera a usted a elegir mañana entre el Príncipe Basilio con sus palacios, con sus riquezas, con su vida de esplendor y este pobre bohemio aristocrático y arruinado, ¿quién sería primero para usted?

ANGELA.—(Corriendo hacia él y abrazándole enamorada.) ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Tú!...

Música

RENE — Al fin en mis brazos te ví,—de cerca te miro,
tu aliento abrasándome está ya,—su aroma respiro,
tu tostro al contemplar—amante deliro.
Mi amor, mi amor ya palpitar—sentí de tu pecho amante,
de tus ojos ví el fulgor—mi amor, mi dulce amor.
Por fin amor te ví jurar.—¡Oh! Dios si fuera un sueño
no quiero despertar.

LOS DOS — Si triste ha de ser despertar—mejor es soñar.

ESCENA IX

DICHOS y la **MARQUESA NATADIA**, que aparece y los mira sin asustarse de que se besen de este modo, sino que los contempla embobada con envidia y benevolencia. Termina la música y el beso no acaba, pero Natadia comienza a hablar sin que René y Angela advierta su presencia.

Hablado

MARQUESA.—(Desde lo alto de la escalera.) ¡Oh! ¡El amor! ¡El amor! ¡Qué dichosos son los enamorados! Así me veré pronto yo con mi Basilio. Es que esto no se ve más que en París. Aquí las gentes se besan en todas partes... Quiero decir... se besan aunque sea enmedio de la calle. ¡Vaya, vaya! Esto es demasiado. (Avanzando.) A ver, señores. Basta ya... Que los demás no somos de madera.

RENE.—(Suspende el beso y exclama, sin volver la cabeza.) Adelante. Pueden ustedes hacer lo que quieran, con entera libertad.

MARQUESA.—Ya... Ya lo creo, pero desgraciadamente no tengo aquí a mi Basilio.

ANGELA y RENE. (Como despertando de un sueño.) ¡Basilio!...

MARQUESA.—(Yendo hacia ellos.) ¿Qué, le conocen ustedes? ¡Ah! ¡Qué hombre!... ¡Qué hombre... (Entusiasmada.)

RENE.—¿El Príncipe Basilio?

MARQUESA.—(Con solemnidad.) El Príncipe Basilio Basiliowicht. Mi prometido. ¡Ah!... Me adora... Me adora...

ANGELA.—¿Su prometido?

MARQUESA.—Justamente. No esperábamos más que la orden del Czar para casarnos y yo la traigo. ¡Qué contento se va a poner cuando lo sepa!

ANGELA.—¿La orden del Czar? (A René.) Nos hemos salvado. (Alto.) Señora, ¿es usted la Marquesa Natadia?

MARQUESA.—La misma, ¿me conocía usted?

ANGELA.—No, pero conozco mucho al Príncipe Basilio, que no sabe hablar más que de usted.

MARQUESA.—(Muy contenta.) ¿De veras? ¡Oh!... Si me adora. Me adora...

ANGELA.—¿Y trae usted la orden del Czar?

MARQUESA.—Mandándole que se case conmigo... Aquí está. (Enseña el papel.) Firmada de su imperial mano.

ANGELA.—¡Qué a tiempo llega usted! (A René.) ¿No es verdad?

RENE.—Sí, sí. En efecto. (Maldito si entiendo una palabra.)

MARQUESA.—¿A tiempo de qué?

ANGELA.—Porque el Príncipe vendrá aquí dentro de un instante, y si usted quiere hacer lo que yo la diga... Antes de una hora se habrá usted casado con él.

MARQUESA.—¿Casada? ¡Casada con él?

ANGELA.—Sí, señora.

MARQUESA.—Lo que usted quiera. Yo hago todo lo que usted quiera.

RENE.—¿Pero qué te propones?

ANGELA.—Muy sencillo. La Marquesa y yo nos ocultaremos detrás de este biombo y reproducimos la escena de nuestro matrimonio, sino que ahora se casarán el Príncipe y la Marquesa. ¿Comprendes?

RENE.—Gracias... Gracias. Eres encantadora.

BASILIO.—(Dentro.) ¿Dónde esta el Conde? Necesito verle en seguida...

MARQUESA.—¡Ah!... ¡Es él!

RENE.—¡El Príncipe!...

ANGELA.—(Llevando a Natalia al otro lado del biombo.) Pronto, pronto. Venga usted.

MARQUESA.—No poderle ver. No poder saltar a sus brazos...

ESCENA X

DICHOS y BASILIO.

BASILIO.—(Entrando furioso.) ¡Ah!... ¡Por fin! ¿Qué ha hecho usted de ella? ¿Dónde está? (Tapándole la boca.)

RENE.—¡Chist, silencio! .. Está allí. (Por el biombo.)

BASILIO.—¿Quién?

RENE.—Ella.

BASILIO.—Voy corriendo...

RENE.—(Cerrándole el paso.) No. Ha impuesto ciertas condiciones.

BASILIO.—Todas aceptadas. Pero quiero verla, quiero hablarla.

RENE.—Despacio... despacio... Primero: ella quiere aquí mismo casarse con usted.

BASILIO.—¿Aquí? Pero si no puede ser.

RENE.—Usted será hombre de palabra...

BASILIO.—¿Quién lo duda?

RENE.—La palabra que usted dé aquí...

BASILIO.—La mantendré en todas partes. Pero...

RENE.—¿Pero qué?

BASILIO.—Y usted, ¿usted ha respetado la palabra que me dió?

RENE.—Palabra de honor.

BASILIO.—(Abrazándole.) ¡Oh!... Gracias, gracias.

RENE.—No hay de qué. Aun queda otra condición.

BASILIO.—Diga usted.

RENE.—Ella quiere casarse como la otra vez.

BASILIO.—No comprendo...

RENE.—Sí, hombre, como la otra vez. Sin que se vean ustedes. Con ese biombo por enmedio.

BASILIO.—¡Ah!... Encantador... Con tal de casarme, como ella quiera.

RENE.—¡Chist! Hable usted más bajo.

MARQUESA.—(A Angela.) Pero, ¿de quién hablan?

ANGELA.—¡Silencio!... Ahora verá usted. (Tocando con los nudillos en el biombo.) ¿Estamos ya?

RENE.—Sí. Ya podemos dar comienzo a la ceremonia (A Basilio.) Bien entendido que la palabra de casamiento que va usted a dar ante mí, la cumplirá usted como un hombre de honor.

BASILIO.—Como un hombre de honor.

RENE.—(Colocándolo al otro lado del biombo. La situación idéntica a la del primer acto. El biombo será lo suficientemente alto para ocultar las figuras de los personajes. A un lado Natadia y Angela. al otro Basilio. Delante René.) Pues bien. Colóquese usted aquí.

BASILIO.—¡Ah!... ¡Qué momento más feliz!

RENE.—(A Angela.) Cuando usted quiera.

ANGELA.—(A Natadia.) La mano.

(Hace que Natadia adelante la mano. René se apodera de ella y la une a la de Basilio Ambos, unidos de la mano, seguirán sin verse.) (1)

BASILIO.—(¡Uy! ¡Le ha salido una berruga!)

RENE.—¿Promete usted casarse?

BASILIO.—Lo prometo.

ANGELA.—¿Jura usted unirse ante el altar con esta mano?

BASILIO.—Lo juro.

ANGELA.—¿Compromete usted su palabra de honor?

BASILIO.—Por toda la vida.

RENE.—Yo soy testigo del juramento.

ANGELA.—Pues bien... Aquí está su esposa.

(Empuja a Natadia que sale del biombo y cae en brazos de Basilio.)

MARQUESA.—¡Basilio de mi alma!...

BASILIO.—(Desplomándose en una butaca.) ¡Horror!... ¡Natadia!...

MARQUESA.—(Contemplándole amorosa.) ¡Pobre amor mío! ¡Lo ven ustedes! Ya decía yo que la alegría le produciría este efecto.

RENE.—(Abrazando a Angela.) ¡Angela!

---

(1) René—Basilio—Natadia—Angela.

ANGELA.—René...

RENE.—Gracias a ti voy a ser feliz. Te adoraré toda la vida.

ANGELA.—No Me basta conque me quieras como yo a tí.

MARQUESA.—(Sacando el pergamino.) Esta es la orden del Czar.

BASILIO.—¡No!... ¡No!... Me resigno. Nos casaremos. (Mirando el grupo de Angela y René.) ¡Infames!... Infames!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS, JULIETA y ARMANDO que entran por el pasillo de la escalinata muy despacio y quedando en el practicable.

JULIETA.—Buenos días.

ANGELA.—¡Eh, eh! Aquí hacen falta testigos para una boda.

ARMANDO.—(Arrastrando a Julieta.) No, nosotros no.

JULIETA.—Nosotros no podemos, porque acabamos de casarnos y tenemos mucha prisa.

RENE.—(A Armando.) ¿Tú también?

ARMANDO.—Sí, chico. "Consumatum est."

MARQUESA.—(A Basilio.) Todos se casan. ¿Lo ves?

BASILIO.—(Resignado.) Sí... Sí... Ya lo veo.

RENE.—Nosotros tenemos eso adelantado, porque nos sirve la boda que hicimos de broma.

Música

BASILIO Por favor...
RENE Por favor...
TODOS Dame un beso y verás
que de las dichas del amor—es la mayor hacer "chas,chas."

(Telón.)

FIN DE LA OPERETA.

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones (S. A.)

MADRID: Ferraz, 25. — PARÍS: 7, rue Lille. — BUENOS AIRES: Rivadavia, 1.573-75.—BARCELONA: Barbará, 16.—IRÚN: calle Ferrocarril.

Concesionaria exclusiva para la venta de *La Novela Comica*, *La Semana*, *España*, *La Lidia* y *A. E. D. Infantil*.

Y de las Casas editoriales *Renacimiento* y *Mundo Latino*. Obras de Valle-Inclán, Anatole France, Hesperia, etc., etc.

Venta al por mayor de todas las revistas de modas, diarios, magazines, etc., del mundo entero.

SOLICITENSE CONDICIONES

Números publicados por LA NOVELA CÓMICA

El amigo Melquiades, por Carlos Arniches.

El modelo de virtudes, por Pedro Muñoz Seca.

La familia de la Sole. El porvenir del niño, por Antonio Casero.

Las pecadoras, por Asenio y Torres del Alamo.

La sobresalienta, por Jacinto Benavente.

Una pasión y un frac, por Fernando Luque.

El orgullo de Albacete, por Paso y Abati.

Lluvia de hijos, por Federico Reparaz.

La sombra de Otelo, por José Montero.

La cocina. La afición, por Antonio Ramos Martín.

El capricho de las damas, por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.

El contrabando. De balcón a balcón, por Sebastián Alonso y Pedro Muñoz Seca.

Serafín el Pinturero, por Arniches y Renovales.

3 0112 117474137

La Novela Cómica

REVISTA SEMANAL LITERARIA

PUBLICARA LOS DOMINGOS UNA NOVELA Ó UNA OBRA TEATRAL DE ÉXITO EXTRAORDINARIO

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

PROVINCIAS		EXTRANJERO	
SEMESTRE	PTAS. 2,00	SEMESTRE	PTAS. 6,00
AÑO	4,00	AÑO	12,00

TODA LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO DE CORREOS NÚMERO 648

Más de medio siglo de uso.—Universal en bebida y baño.

LOECHES

Agua mineral natural. — Purgante. Depurativa.

Jardines, 15. "LA MARGARITA" Madrid.

Palacio Hotel de Ventas

Muebles para despachos, comedores; alcobas, gabinetes, salas, en todos los estilos; alfombras, tapices, aparatos de luz eléctrica, porcelanas de Talavera y Manises, juguetes para los niños.

40 amplios salones. — 34, Atocha, 34. — Teléfono 860. — Entrada libre.

PLATA DE LEY AL PESO

EN BANDEJAS, CUBIERTOS Y ALHAJAS DE OCASIÓN

La casa que más barato vende es la de

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 9, y Fresa, 2.—Teléfono 2.449.

Agua mineral natural PURGANTE de Loeches.

PEÑAGALLO

Depurativa

Antiartrítica

Antiherpética

Pida usted botella de una dosis en farmacias y droguerías.

Propietario: LUIS SANZ. Montera, 29, bajo.—Teléfono 11-76

LA BELLEZA POR LA HIGIENE

Para obtener y conservar una espléndida cabellera usad **Higiene del cabello SOJÁIL.** Hace nacer y crecer el pelo, favorece su desarrollo, evita su caída, y limpia de caspa la cabeza. *Venta:* en todas las buenas perfumerías. Por mayor, Martín y Durán. J. Pérez Martín y Compañía.